

Eugeniusz Małaczewski

Caballo en el monte

EE
ENCUENTRO

LITERATURA



Literatura
79

A los lectores

Esta colección está dirigida a aquellos lectores curiosos y atrevidos que anhelan encontrar una historia hermosa, un drama que revele algo de nosotros mismos o una percepción más aguda del misterio del hombre y del universo. Quien abre un libro espera que se le descubra algo más sobre el mundo y sobre su posición en él. De otro modo sería incomprensible que siguiésemos acercándonos a los libros, cuando la lectura es uno de los gestos del hombre más gratuitos e innecesarios. Como decía Flannery O'Connor, una buena pieza literaria lo es porque tras su lectura notamos que nos ha sucedido algo.

La colección Literatura de Ediciones Encuentro ofrece obras que permitan sentir con mayor urgencia el anhelo de un significado y la experiencia de la belleza. Textos en los que la razón se abre y el afecto se conmueve. Piezas teatrales, poemas, narraciones y ensayos en los que andar por otros mundos, abrazar otras vidas, espiar la hermosura de las cosas, y participar en la experiencia dramática que despierta un hecho escandaloso en la historia, el de Dios hecho hombre.

Guadalupe Arbona Abascal
Directora de la colección Literatura

CONSEJO EDITORIAL DE LA COLECCIÓN «LITERATURA» DE EDICIONES
ENCUENTRO



Directora

Guadalupe Arbona Abascal
*Profesora de Literatura Española,
Universidad Complutense de Madrid*

Consejo Editorial

María Dolores de Asís Garrote
*Catedrática de Literatura Universal,
Universidad Complutense de Madrid y San Pablo CEU*

María del Carmen Bobes Naves
*Catedrática de Teoría de la Literatura,
Universidad de Oviedo*

Sergio Cristaldi
*Professore di Letteratura Italiana,
Università di Catania*

Henry (Hank) T. Edmondson III,
*Professor of Liberal Arts and Sciences
Georgia College & State University*

José Jiménez Lozano,
escritor

Jon Juaristi
*Catedrático de Literatura Española,
Universidad de Alcalá de Henares*

José Antonio Millán-Alba
*Catedrático de Literatura Francesa,
Universidad Complutense de Madrid*

Álvaro de la Rica Aranguren
Profesor de Teoría Literaria y Literatura Comparada



Eugeniusz Małaczewski

Caballo en el monte

Traducción al castellano de
Joanna Kudełko y José Antonio Molina Gómez



Título original
Koń na wzgórzu

© 2012
Ediciones Encuentro, S. A., Madrid

Diseño de la cubierta:
o3, s.l. - www.o3com.com

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro
Ramírez de Arellano, 17-10.^a - 28043 Madrid
Tel. 902 999 689
www.ediciones-encuentro.es

Prólogo

EUGENIUSZ MAŁACZEWSKI, UN ESCRITOR Y HÉROE DESTINADO AL OLVIDO

Cuando se iba de este mundo, en la primavera de 1922, tenía tan solo 24 años. Normalmente en esa edad un hombre joven acaba de entrar en la vida madura: sigue estudiando o busca su primer trabajo, piensa en formar una familia, está ideando proyectos de cara al futuro. Eugeniusz Małaczewski al morir en Zakopane, «puerta de los Tatras iluminados por el gran Sol», tenía ya tras de sí las trágicas experiencias vividas durante la primera guerra mundial, la revolución rusa y además un exitoso debut literario.

¿Quién era el hombre que se hizo fuente de inspiración para el mismo cardenal Stefan Wyszyński, llamado en Polonia el «Primado del Milenio» y considerado, junto con Józef Piłsudski y Juan Pablo II, la persona más importante en nuestra historia del siglo XX? ¿Cómo se puede resumir su breve vuelo por debajo del cielo polaco y ajeno? ¿Qué mensaje pudo transmitir a sus contemporáneos y a las siguientes generaciones? Y finalmente, ¿por que sigue siendo prácticamente desconocido para la mayoría de sus compatriotas?

Según afirma, Stanisław Mikke, un eminente abogado y escritor, fallecido en la catástrofe de Smolensk de 10 de abril de 2010, ni siquiera lo conocen los alumnos de la carrera de filología polaca de las grandes universidades en Polonia¹.

Polonia a finales del siglo XIX y comienzos del XX: contexto histórico

Cuando nació Małaczewski, Polonia no existía como estado independiente. En el año de su prematura muerte nuestro país estaba de nuevo en el mapa europeo. Entre 1897 y 1922 el mundo entero y sobre todo Europa experimentaron grandes cambios políticos, económicos, sociales y culturales. Todos los problemas e inquietudes estallaron en un gran conflicto militar, por primera vez a nivel mundial, que acabó con la vida de millones de personas, destruyó la economía de varios países, cambió modos de pensar y de ver la realidad. Luego llegó la revolución bolchevique que tuvo y sigue teniendo sus consecuencias hasta hoy día.

Desde el siglo XV hasta la mitad del XVII Polonia, como España, fue uno de los países más importantes en nuestro continente². Con casi un millón de kilómetros de territorio, con sus libertades y respeto a las minorías, con su gran cultura intelectual y artística llegó a ser la primera potencia política en la Europa Central y Oriental. Con el paso del tiempo y por varios motivos (falta de reformas económicas y sociales, evolución del sistema político hacia una oligarquía aristocrática que reducía el poder del rey, continuas guerras contra los turcos, suecos, rusos, y por fortalecimiento y expansionismo de los países vecinos) entró en una fase de decadencia. La última gran victoria que consiguió Polonia fue la famosa batalla de Viena (1683) cuando el rey Juan III Sobieski salvó a Europa del peligro otomano y de la expansión del Islam en gran parte del continente. Desde el comienzo del siglo XVIII Polonia sigue perdiendo su papel internacional, los reyes de la Casa de Sajonia velan por sus propios intereses dinásticos³, el parlamento (*Sejm*) paralizado por el llamado *liberum veto*, no es operativo, no hay nuevas leyes ni dinero para los gastos públicos, el ejército está muy debilitado. Paso a paso Polonia se convierte en una zona de influencia de grandes potencias (Rusia, Prusia, Imperio Habsburgo). En la segunda mitad del siglo XVIII, bajo la tutela rusa, el rey Estanislao Augusto intenta modernizar el país, pero los estados vecinos se oponen a los proyectos que hubieran podido reforzarlo. En 1772 se produce el primer reparto de Polonia. Veinte años más tarde, en 1791 se proclama la Constitución de 3 de Mayo que da un nuevo régimen político al estado. De nuevo intervienen las potencias vecinas que se reparten definitivamente el territorio polaco (en 1793 y 1795).

En el siglo XIX los polacos intentan recuperar su independencia, organizan insurrecciones y levantamientos (en 1830 y 1863), buscan apoyo de la Europa Occidental (en Francia, Inglaterra), algunos incluso en Rusia. A pesar de los intentos de rusificación o germanización los polacos logran conservar su lengua, tradiciones e identidad. Los factores más importante de la resistencia son la fe y la Iglesia Católica, la gran cultura y grandes personalidades: escritores, poetas, músicos, pintores (Chopin, Mickiewicz, Słowacki, Norwid, Matejko, Sienkiewicz). Sus obras evocan tiempos de grandeza, tiempos de libertad y hacen que los polacos mantengan viva la esperanza. Después del levantamiento de 1863 y las crueles persecuciones rusas los polacos abandonan la idea de recuperar la independencia por vía militar. Se dedican a fortalecer la economía, a desarrollar el sistema de educación, a participar en la vida pública de los países en donde viven⁴. Nacen nuevos partidos políticos de varias tendencias ideológicas. Mejor preparados que antes, esperando alguna oportunidad, un cambio del sistema europeo derivado del Tratado de Viena (1815) para volver a luchar por la independencia.

A finales del siglo XIX, cuando nació Małaczewski, en Europa se multiplicaban conflictos y problemas a nivel internacional. Ya funcionaban dos sistemas opuestos: los llamados países centrales y los de la Entente. Por primera vez desde casi un siglo los países que se apoderaron de los territorios de Polonia estuvieron en dos bloques

enemigos (Rusia contra Prusia e Imperio Austro-Húngaro). Entre los líderes políticos polacos unos veían el renacimiento de la independencia en cooperación con el bloque central (Józef Piłsudski) y otros en colaboración con Rusia y las potencias occidentales (Roman Dmowski).

Cuando en 1914 estalló la Gran Guerra los reclutas polacos fueron movilizados para luchar en las tropas austriacas, prusianas y rusas, muchas veces disparando contra sus compatriotas. A pesar de las diferencias entre Piłsudski y Dmowski los dos trabajaban por la independencia. El primero formaba bajo el mando austriaco las legiones polacas que participaban en las batallas en el frente oriental. El segundo desarrolló las actividades diplomáticas en Francia, Inglaterra, Estados Unidos para obtener apoyo de las grandes potencias occidentales y formaba unidades militares polacas bajo el mando ruso.

La declaración del presidente Woodrow Wilson (la doctrina de autodeterminación), el estallido de la revolución y desintegración de las fuerzas militares rusas y luego la paz entre Rusia y el Imperio Alemán en Brest-Litovsk (marzo de 1918) facilitaron la resolución del problema. En otoño de 1918 se proclamó la independencia de Polonia.

Los primeros años de la ansiada libertad fueron muy difíciles. Se trataba de reconstruir de nuevo un estado después de más de cien años de inexistencia, formado por tres partes que antes pertenecían a tres diferentes países. Habría que luchar por el territorio, por las fronteras. Y lo más importante, la recién reconstruida Polonia tuvo que aguantar un terrible ataque de su enemigo mortal, es decir, de la Unión Soviética en 1920. En la batalla de Varsovia se decidieron los destinos de Europa para dos décadas. La humillante derrota de las tropas bolcheviques detuvo la expansión de la revolución comunista y la conquista del continente europeo. La paz firmada en Riga (1921) puso fin a la guerra y garantizó la seguridad de la frontera oriental de Polonia hasta el 17 de septiembre de 1939.

Uno de los testigos presenciales y activos de estos grandes acontecimientos y procesos históricos fue un joven polaco que nació en el seno de una familia polaca que vivía en las antiguas tierras polacas en Ucrania y que quiso ser abogado.

Eugeniusz Małaczewski (1897-1922)

Małaczewski nació a finales del siglo XIX, el 1 de enero de 1897, en los antiguos confines polacos, en un pueblo llamado Kiwaczówka, situado cerca de Humań, en Ucrania. Estudiaba en un colegio privado donde se empeñaba en leer obras de grandes escritores de la época de romanticismo (Mickiewicz, Słowacki) y de Józef Hoene-Wroński, conocido filósofo de la corriente mesianista. Después de la prematura muerte de su padre, se dirigió a Woronez, donde en 1915 aprobó el bachillerato. Luego, como

recluta, fue incorporado al ejército ruso.

Cursó la carrera militar en la escuela de alféreces de Kiev y fue destinado al frente de la Primera Guerra Mundial. Luchaba en la región de Bukowina. Cuando en 1917 estalló la revolución en Rusia, el joven suboficial se empeñó en organizar el ejército polaco. Bajo el mando del general Józef Dowbór-Muśnicki participó en muchas batallas en Bielorrusia y Ucrania. Cuando los alemanes desarmaron el Primer Cuerpo Polaco, Małaczewski consiguió escapar al puerto de Arcanguelsk situado en las orillas del Mar Blanco. Más tarde luchaba contra los bolcheviques. En principios de 1919, camino de Murmansk e Inglaterra, llegó a Francia y se incorporó al ejército polaco formado en el suelo francés por el general Józef Haller. En París continuó sus estudios militares y terminó un curso para oficiales con el grado del subteniente. En aquel tiempo ya había síntomas del empeoramiento del estado de su salud. Al volver a Polonia Małaczewski se encontró en la primera línea de la guerra polaco-soviética de 1920. Terminada la contienda se estableció en Varsovia dedicando mucho tiempo a escribir y publicar sus textos. Desgraciadamente su enfermedad, tuberculosis, se hizo más grave. Sabiendo que iba a perder esta batalla con la muerte los últimos meses de su vida los pasó en las montañas de Tatry admirando la majestuosidad de los picos y conversando en silencio con Dios. Murió el día 19 de abril de 1922. Yace en el cementerio de Zakopane.

Así, en resumen, transcurrió la vida de un heroico soldado, defensor de patria y escritor de gran relevancia para la posteridad. Adam Grzymała Siedlecki (1876-1967), un gran dramaturgo y crítico de literatura polaco, refiriéndose a Małaczewski escribió lo siguiente: «No he encontrado nunca en los textos de un escritor debutante obras de tanta madurez espiritual y tanta fuerza de expresión».

Caballo en el monte

La obra mencionada por Grzymała Siedlecki es un libro de cuentos titulado *Caballo en el monte* publicado en 1921 por la editorial Gebethner i Wolff, que encontró gran interés de los lectores y una entusiasta acogida de los críticos literarios.

Los relatos basados en las experiencias de guerra del mismo autor, muestran un aspecto cruel y bárbaro de la revolución bolchevique, un embrutecimiento moral del hombre sometido al adoctrinamiento ideológico y movido por los instintos más bajos. Al lector le impresiona sobre todo el cuento que da el título al conjunto de relatos *Caballo en el monte*. Es como una detallada descripción del estado de la conciencia y de las emociones del joven escritor y soldado que desea vengar la trágica muerte de su única y querida hermana. Decidido a matar a todos los enemigos en el campo de batalla en la forma más cruel posible, e insultando al mismo Dios, parece haberse vuelto loco. Pero luego, bajo la impresión causada por una espantosa imagen de un caballo despellejado en vivo por los bolcheviques y a consecuencia de graves heridas en el campo de batalla y

sufrimiento experimenta un cambio interior. Se reconcilia con Dios y como cristiano es capaz de perdonar y perdona a sus enemigos.

Yéndose para siempre de este mundo Małaczewski había dejado a sus compatriotas un legado, al cual después de unas décadas se refirió el cardenal Wyszyński recordando una frase del cuento: «En Polonia nace una nueva generación de hombres nunca vistos hasta hoy día». En la Polonia libre, entre las guerras mundiales, las obras literarias del escritor prematuramente fallecido, fueron muy conocidas y leídas. En la época comunista Małaczewski fue relegado al olvido. Ni se pudo mencionar su nombre en medios de comunicación ni en los colegios ni en la crítica literaria.

La caída del sistema totalitario en el Este de Europa en 1989 y los cambios políticos en Polonia a partir de aquel tiempo hicieron posible recordar a muchos autores, pensadores, escritores y poetas prohibidos en la época anterior. En 1997 Antoni Lenkiewicz publicó el relato *Caballo en el monte* basándose en la edición del año 1945⁵. En 2009 se realizó una edición bilingüe (polaco-inglesa)⁶. Entre los principales promotores de esta edición destaca ya el mencionado Stanisław Mikke. Su papel en este acto conmemorativo de Małaczewski tuvieron también dr Krzysztof Polechoński⁷ profesor de la Facultad de Filología de la Universidad de Varsovia, Wojciech Wilczek de Zakopane⁸, dr Adam Redzik, profesor de la Universidad de Varsovia⁹ y dr Cezary Taracha, catedrático de Historia y Cultura Hispánicas de la Universidad Católica de Lublin¹⁰.

Legado de Maaczewski

¿Cómo se puede caracterizar la obra de Małaczewski? Qué es lo que quiere decir a los suyos? En general, lo que predomina es su gran patriotismo. Polonia que estaba resucitando de las cenizas después de más de un siglo de inexistencia constituía para él un valor en sí mismo. El joven militar la amaba con todas sus fuerzas, deseaba verla unificada, grande y liberada de los peligros internos y externos. De todas formas el patriotismo de Małaczewski no tiene nada que ver con un nacionalismo ciego que no respeta a los demás pueblos, sobre todo a los vecinos. Małaczewski fue un heredero de la gran tradición de la *Rzeczpospolita* de los siglos XVI-XVIII cuando en el territorio del estado polaco-lituano vivían no tan solo aquellas dos naciones sino que éste fue un mosaico de pueblos, religiones y culturas. En aquella «república-monarquía» la mayoría sabía respetar los derechos de las minorías y las diferencias, pero al mismo tiempo aquellas minorías (a excepción de algunos casos) sabían valorar el estado y tratar la tierra que habitaban como su patria.

Małaczewski nació en las tierras de Ucrania donde a finales del siglo XIX y dentro el Imperio Ruso, vivían polacos, ucranianos, rusos y judíos. Se sentía orgulloso de haber nacido polaco y como los grandes poetas románticos preveía un gran futuro para su país.

Otro factor importante que destaca en sus obras es la fe. A lo largo de su vida el joven escritor pasó por varias etapas en su vida religiosa. Se acercaba o se alejaba de Dios, de la Iglesia, del cristianismo y de su ética. Las difíciles y trágicas experiencias de los últimos años de su vida hicieron que Małaczewski estrechaba sus relaciones con el Absoluto en forma casi mística. Una vez superada la crisis espiritual estaba buscando la relación íntima con la fuente del amor eterno.

Y por fin el tema del amor al prójimo y la cuestión del perdón. Para Małaczewski el futuro de la humanidad depende en forma directa e incondicional del amor a nivel personal y social. ¿Por qué los hombres están sufriendo? ¿Por qué hay tanta miseria espiritual, odio, falta de justicia y libertad? ¿Por qué en la persona humana se despierta la bestia que es capaz de matar, aniquilar, despellejar en vivo un caballo, comer la fruta de un árbol y en seguida cortarlo para que no vuelva a dar fruta para otros? Son preguntas que hace en su obra. «El sueño de la razón produce monstruos», eso seguro, pero la explicación de Goya no satisface a Małaczewski, porque no explica todo. Según él, lo que produce monstruos es el sueño del corazón, es la conciencia sucia o no utilizada. Personas humanas se transforman en «almas muertas» cuando se alejan de la fuente del amor.

Para terminar esta breve introducción me gustaría recomendar a los españoles la lectura de este breve cuento que es uno de los mejores testimonios de la época cuando nacía el sistema comunista en Rusia.

Cezary Taracha

Caballo en el monte

Capítulo I

Cuando estoy triste, me siento y me pongo a escribir. Hago una desordenada relación de mi vida. En mi memoria doliente, que sufre más de lo que a uno cualquiera le es dado imaginar, reviven acontecimientos de años pasados.

Soy un herido de la Gran Guerra. Paso el tiempo en nuestros Tatra polacos¹. Mi cuerpo está ahora en ese estado llamado de «convalecencia» y mi alma realiza la maravillosa actividad que podríamos calificar de «volver en sí». Pues me encontraba lejos de mí, muy lejos. Peregrinaba hacia mí mismo años y años, haciendo camino por entre mi propia sangre y la de los demás. Y ahora por fin estoy volviendo en mí...

Observo los Tatra en invierno. Son grandiosos. ¿Es que hay algo, en el mundo entero, que pudiera llegar a compararse con esta universal explosión desenfrenada de tan gigantesca masa de tierra que se abalanza con su pujanza de piedra al azul abierto de par en par? Es el globo terráqueo que ofrece sus tensos senos salvajes al abrazo divino del cielo.

Cuando a la clara luz de mediodía contemplo las cumbres cubiertas de nieve, centelleantes por el inmenso sol, y veo cómo fulguran, deslumbrándome con un haz de luz, como si fueran esculpidas en un cristal de roca, lleno de diamantes - cuando contemplo estas enormes regiones montañosas, cubiertas enteramente por frondosas píceas, creciendo una al lado de otra, cual si fuera un bosque de flechas emplumadas disparadas de la tierra a lo alto del cielo en una descarga cerrada - entonces, conmovido por el llanto, no sé de dónde, del fondo del alma, brota una silenciosa oración de agradecimiento al Creador, pues Él, que creó de la nada la enormidad de estas argénteas montañas, cubiertas de elevados árboles, quiso crear también a ese ser sin duda miserable pero a la vez espléndido, que es el hombre, y que soy ¡yo!...

Pero junto con la niebla que fluye lentamente de todas las grietas montañosas en los días nublados, que emerge en las hendiduras de la roca y que desciende hacia el valle con un torbellino lóbrego y agobiante, de igual manera se abaten sobre mí —como si me estuvieran sepultando las elevadas cumbres que la bruma envuelve— las horas de la más terrible opresión del espíritu. Vago entonces entre píceas, de troncos mojados por la humedad, ramas inertes y doblegadas por el peso del agua, que recuerdan la ropa mojada y harapienta. Añoro el buen sol con una angustia desmesurada. Y llega entonces mi

antigua tristeza. Advierto qué ha sido de mi cuerpo, herido por la guerra. Me siento asqueado, como si no fuera ya un ser humano, sino un saco pesado de carne extenuado por las enfermedades, lleno de una pasta de huesos destrozados y de fibras de nervios sueltas, arrancadas de mí hilo por hilo, como se desgarran una vieja tela para vendar las heridas.

Durante mis paseos solitarios, me entran deseos de abrazar los árboles que bordean la carretera, estrecharlos contra mi pecho con los brazos abiertos tan fuertemente como sea capaz, y llorar a lágrima viva, llorar con un llanto grande e incontenible...

Capítulo II

Aquel mes de agosto, memorable y que nadie olvidará jamás, cuando todas las tierras y todos los mares que dormían en una paz ociosa de repente se levantaron universalmente en pie de guerra, yo también me puse en camino hacia los grandes campos de batalla, impelido a alistarme en un ejército que no era el mío, que no era polaco. Por aquel entonces, administraba diligentemente las fanegas de la tierra que había heredado después de morir mi padre, siendo feliz por la fama de buen propietario con que era conocido en los alrededores. En la finca se quedó mi capataz: un hombre de densos bigotes, bien dotado para la administración. Su redonda obesidad y sus mejillas duras y curtidas recordaban a una hogaza de pan bien cocida. Verdad es que los rumores decían del señor administrador que más de una vez al amparo de la oscuridad de la noche había ido a vender mi trigo a avispaditos judíos, a escondidas y exclusivamente por su cuenta y riesgo, pero no había forma de probar la veracidad de tales afirmaciones. Los vecinos me envidiaban por tener tan buen administrador, de manera que todos vivíamos en una armonía jamás turbada.

Mi hermana menor se quedó, pues, como única señora de la casa. Era una muchacha de diecisiete años, la típica chica de campo de su edad, de ojos azules, pelo rubio y mejillas sonrosadas. Vestía un delantal de calicó color rosa y gobernaba en toda la casa sin que nadie pudiera contradecirla. Aquel era su reino indiscutible. Dada su poca edad, yo no me la tomaba muy en serio. Cuando se inmiscuía en mis asuntos, me metía con ella y le decía en broma: ¡Chitón, niñita! ¡A los niños se les vigila pero no se les escucha!” Después de la muerte de nuestros padres nos hicimos una única y misma persona. Nos queríamos enormemente. En la tierra hay muchas formas del amor, pero ¿cuál de estos amores será superior al amor entre hermano y hermana? Este amor se puede medir sólo con su propia medida. Este amor es la cima de los amores humanos. Por encima de él se encuentra solamente la adoración angélica. Al igual que sobre la nube primaveral anacarada no existe nada más que el cielo eterno de color azul cerúleo. Cuando el Reino de Dios se cumpla sobre la tierra, todos se amarán con este amor...

La partida repentina, causada por mi alistamiento en el ejército, fue para los dos como el mazazo de una gran desgracia. Hasta el día de mi muerte recordaré sus ojos llorosos, abiertos del todo y esa insistencia casi infantil:

«Mi hermano querido, vuelve sano y salvo. Vuelve enseguida, en cuanto puedas. ¡Mi

corazón sufre tanto! No te imaginas cuánto te quiero».

Ya no volvimos a vernos más. Ella se llamaba Marychna.

Poco después de nuestra separación, partí al frente lejos de mi hogar. Las cartas no llegaban. La guerra me absorbió por completo. Después de un año, pasado en las marchas continuas de un lugar a otro, en escaramuzas permanentes y batallas, acabé acostumbrándome enteramente a mi nueva existencia. Ya no me impresionaba la marea moscovita que lo inundaba todo a mi alrededor. En su flujo y reflujo, sus victorias y sus derrotas, me sentía como si yo fuera una gota entre aguas indomables, arrebatada por una fuerza elemental, arrastrada por la marea sin poder ofrecer resistencia a su ímpetu. Me convencí de que el hombre puede sobrevivir a todo, de que puede superarlo todo y sacar provecho de cualquier situación. Por donde quiera que el hombre camine, encontrará al otro, a su prójimo, ni mejor ni peor que él. Todos pertenecemos - dentro de una familia gigantesca (aunque fatalmente enemistada) - a esta comunidad maravillosa: la chispa eterna de humanidad está presente en cada uno de nosotros. Este «algo» divino no apagado, «algo» mayor aún que las diferencias raciales, «algo» más fuerte que el odio colectivo de una nación frente a otra, «algo» mayor que el heroísmo del guerrero. «Algo» que en su paciencia radiante es más duradero que un pedazo de uranio, más valioso, como es sabido, que el más puro de los diamantes.

Los años pasaron uno tras otro. Cincuenta y cinco millones de hombres armados se mataban entre sí sobre la tierra y bajo la tierra, sobre el mar, debajo del mar y en el aire. De la soberbia germánica, del inaudito heroísmo de los combatientes de Verdún, del abismo sangriento de la revolución rusa, oscuro y repugnante cual fosa común, se alzó Polonia. Surgió como cuando después de una noche tormentosa sin estrellas, la rosada aurora proyecta por fin su llama carmesí sobre los rastrojos del campo. Se levantó de la tumba después de casi ciento cincuenta años, se levantó como si hubiera sido un gigantesco Lázaro saliendo de su sepulcro, todavía envuelto en su sudario y con los ojos aún tapados. Polonia se estaba levantando a despecho de las predicciones hechas por hombres sabios y poderosos, y no era sino a causa del amor que le tenían aquellos que hasta hacía poco habían sido tildados de estúpidos o débiles; he aquí que Polonia se levantaba fuerte más allá de lo que podía imaginarse y muy por encima de los sueños más atrevidos.

Nosotros —los hijos que añoraban a la Gran Viuda y soñaban con ella— nos encontrábamos dispersos por todo el mundo. Y Nuestra Señora empezó a llamarnos, haciéndonos volver de todas partes por donde íbamos errantes, a hacernos volver de todas las encrucijadas y las espinosas sendas de nuestro calvario. Así como en primavera las aves migratorias vuelven a su país natal, y entonces se congregan en ruidosas bandadas sobre las estepas, montañas, los ríos y los mares - así también los soldados polacos dispersos se reunían, afluían a Polonia desde el Ecuador y del Polo, llevaban uniformes variopintos, propios de los ejércitos extranjeros en que habían servido,

semejando corrientes de agua multicolores. Los arroyos que formaban estas tropas errabundas se unían con otros por el camino, creando así ríos de guerreros: divisiones, cuerpos de combate enteros. Hasta que por fin todo se fundió en un solo mar de cabezas caladas con gorras de cuatro puntas², haciéndose un ejército nacional, una fuerza de combate al servicio de una nación libre. Ya no era en calidad de legionario extranjero ni como rebelde, sino como soldado regular de la Patria Independiente, como tenía el gran honor de derramar mi propia sangre y la ajena, combatiendo entre las filas de la heroica División Siberiana.

La historia de estas tropas, marchando durante dos años de acá para allá —por entre los ríos de Asia que desembocan en el Océano Ártico, atravesando la taiga siberiana (comparado con ella, el gran bosque de Białowie a³ parece tan sólo un simple bosque), en medio del fuego incesante de las batallas, en la fatiga provocada por calores espantosos, o bajo fríos que transforman vastas ciénagas en mares helados, mientras que convierten los troncos de los árboles en auténticos postes de hierro clavados en el bronceo suelo glacial, cubierto de nieve y de hielo — esta historia, digo, es la epopeya caballeresca que nadie cantará jamás. A los hombres que padecieron tales cosas basta con el mero recuerdo de sus padecimientos para que se les hiele la sangre en las venas y les dé un vuelco el corazón siquiera al pensar en la realidad de las cosas que pasaron, y cómo, pese a todo, están vivos y son libres.

Luchábamos hombro con hombro con la gente de Kołczak⁴ contra la turba de los bolcheviques. Ninguno de los dos ejércitos era mejor que el otro, los europeos no podrían ni imaginarse cuán salvajes que eran las dos hordas. En nuestro país no se acordaban de nosotros - el joven Estado tenía otras preocupaciones más importantes.

Estábamos maltrechos y totalmente exhaustos. Tan sólo nuestro espíritu inquebrantable nos permitió como por milagro sobrevivir juntos tanto tiempo. Era admirable que no nos partiésemos en trozos como si fuéramos tablones secos. Quien no haya estado con nosotros no comprenderá nunca lo que significa morir de nostalgia por la patria. Descubrí en mi alma vastas regiones hasta entonces inexploradas. Aprendí cosas nuevas de valor imperecedero. Pero lo único que no pude aprender fue a dejar de sentir un desprecio total frente a la masa contra la que luchaba, a no odiar su vacío moral y a no mirarlos como a seres infrahumanos.

Casi caí víctima del trabajo sangriento de los chequistas. Veía los cadáveres de mis soldados rematados por un puntapié del tacón en la cara, desollados vivos, quemados vivos. Miraba a mis pies los cuerpos inertes de mis compañeros de armas, asesinados de manera tan brutal que incluso aquellos que sólo vieron las fotografías realizadas para testimoniar los hechos, se sentían dominados por una repulsa y un temor insuperables. Entonces supe que no eran muertes normales, que no se trataba de una guerra normal. Empezaba a imaginarme que allá donde se luchara por el auténtico alma humana, no

había tiempo para matar según las normas constituidas por los Convenios de La Haya y Ginebra.

Pasaron los meses. Se empezaba a hablar de nuestro regreso. Sucedió incluso más deprisa de lo que esperábamos. La tropa de Kołczak comenzó, con consecuencias catastróficas, a desintegrarse en la famosa retirada al Este⁵, y que por lo repugnante, cobarde y vil que fue, sobrepasó todo cuanto había acontecido hasta ese momento en la historia de las guerras.

Nuestros aliados accidentales, los famosos legionarios checos, llevaban la voz cantante en este caos. Por su cobardía y traición, la mayoría del ejército polaco tuvo que rendir las armas y se encontró víctima de una cautividad peor que la muerte. Sólo un puñado de hombres desesperados, bajo el mando del valiente coronel Skorobochaty-Jakubowski⁶, logró romper el cerco del ejército rojo y llegar a pie a Władystok⁷ con los pies congelados por las fuertes tormentas de nieve, conocidas en este país con el nombre de *purga*⁸. De allí, a bordo de un barco extranjero navegamos hasta Gdańsk⁹.

El viaje por el mar duró varios meses. Atravesamos casi la mitad del mundo. Mientras tanto, tropas hostiles atravesaron las fronteras de Polonia. El enemigo alcanzó los límites de la ciudad de Varsovia. Teníamos prisa por llegar a nuestro destino para poner nuestra fogueada experiencia de soldados al servicio de la patria amenazada. Sabíamos que íbamos a afrontar nuevas pruebas.

Con el alba perlada de niebla marítima rosa, vimos desde el barco una gran mancha oscureciendo el horizonte lejano. Éramos nosotros, desde luego, los que nos acercábamos hacia la tierra, pero parecía que era ella, la tierra natal, quien se acercaba a nosotros, como saliendo a nuestro encuentro y flotando hacia nosotros contra las olas que movían hacia la tierra.

No hallé ninguna alegría en el reencuentro con la patria. Ciertamente me llevaba a la cima del Gólgota, pero yo no la maldecía. Bendito sea su nombre sagrado. Bendito sea por los siglos su nombre santísimo como aquel día... aquella mañana del regreso maravilloso e inolvidable cuando un pedazo de la tierra natal flotando en las crestas de las olas se emborronaba extrañamente ante nuestra vista, quién sabe si por las lágrimas que brotaban repentinas o por las encrespadas aguas del Báltico.

Capítulo III

Casi inmediatamente después de desembarcar, fui enviado al frente, donde pronto me encontré otra vez con la dureza de la actividad militar. En aquel tiempo, en Polonia, todo «bayoneta» (como se llamaba a los soldados) capaz de luchar era sacado de la reserva y movilizado rápidamente hacia el campo de batalla, en un acto semejante a cuando un jugador en medio de una mala racha aún saca de su cartera las últimas monedas que le quedan con la esperanza de ganar la última mano.

Entonces, el puñado de soldados procedente del Extremo Oriente fue reforzado y transformado rápidamente en la llamada Brigada Siberiana, la cual recibió órdenes de defender el río Vístula porque el enemigo había llegado hasta allí. Desde el principio presentí que encontraría un funesto destino en mi país natal. Mi hogar se encontraba ahora detrás de las líneas enemigas. Y peor aún, supe que mi hermana Marychna se había quedado allí sin pensar en protegerse de la invasión enemiga, como había hecho la gente más prudente. Entre los refugiados encontré a mis antiguos vecinos, quienes me dijeron que habían visto a Marychna al abandonar sus casas. Me consolaron diciendo que ella había crecido y era hermosa, y que durante mi ausencia sabía arreglárselas sin recurrir a la ayuda de otros y, por último, que estaba segura de mi regreso de la guerra, aunque cada año, el día de mi santo ofrecía una misa en conmemoración mía, porque una vez alguien le habló de mi posible muerte. Al mismo tiempo oí decir que los bolcheviques obraban a su antojo en las localidades ocupadas. Fácilmente podía imaginarme lo que significaba para una chica sola, que además era terrateniente, caer en manos de los «sans-culottes» del Este, a quienes conocía tan bien. Cada vez que pensaba en Marychna, el presentimiento de una desgracia horrible me atenazaba. Una extraña casualidad hizo que la dirección del contraataque de nuestra brigada se desarrollara exactamente a lo largo de la ruta que conducía hasta mi región. El ejército polaco empezó a vencer después del inesperado repliegue del enemigo a lo largo del Vístula y tras ser rechazado de Varsovia.

Empleamos toda nuestra energía para rechazar el atrevido ataque enemigo, íbamos tras él forzando la marcha, venciénolo a sable y bayoneta descabezamos su ejército, desprovisto ya de comandantes, y ante nosotros huían con la desesperación y la furia de un animal acorralado.

Poco después, perdimos contacto con las tropas en retirada. Siempre nos llevaban un día

de marcha de ventaja; saqueaban, destruían, quemaban y robaban cuanto podían. En mi calidad de jefe de compañía, recibí la orden de ocupar y mantener un monte situado en una encrucijada de caminos hasta la llegada de tropas de refuerzo. Tan sólo algunas verstras me separaban de Jaskroniec, donde estaba mi heredad y donde había quedado Marychna

Encontrando a mi paso sólo merodeadores y soldados con largas barbas que habían desertado del Ejército Rojo con la esperanza de entregarse, es decir, apenas sin obstáculos, llegué con muy pocas dificultades hasta el lugar indicado en mis órdenes. En aquel monte, junto a la encrucijada, había una casa solariega rodeada por un viejo parque que yo conocía desde antiguo. Los dueños habían huido ante la tormenta de la guerra, los invasores ya llevaban allí algún tiempo, como demostraban evidentes señales de su presencia, breve, aunque aniquiladora.

Siempre me gustó aquella casa. Estaba situada en el camino que llevaba hasta el distrito, por donde yo iba a la escuela durante mi infancia. Siempre que pasaba por este lugar, en aquellos y posteriores días, me sorprendía la similitud de la casa y del jardín, de todo el conjunto, con la casa donde nací, donde me crié y viví con Marychna tantos años.

Tras haber constituido puestos avanzados y una vez que hube mandado los informes pertinentes a mis superiores, no pude resistirme a los antiguos sentimientos que me embargaban, y conmovido, empecé a examinar los edificios abandonados comenzando por la casa principal. Aquella casa daba ahora una triste impresión, generaciones enteras la habitaron y habían cuidado de ella durante muchos años, quizá siglos. Sin embargo, una fuerza impetuosa, extraña, hostil y destructiva profanó esa venerable morada, revolviéndolo todo para complacer los instintos más elementales de destrucción. Este hogar, levantado y reconstruido a lo largo de varias generaciones, había ido modelando el alma colectiva de la familia propietaria establecida allí tanto tiempo, todo estaba lleno de recuerdos tan valiosos como las más preciadas reliquias, las alegrías y las penas de aquellas gentes que nacieron, vivieron y murieron tras la protección de aquellos muros.

En las ventanas no quedaba cristal alguno. Los cristales no fueron destruidos durante los tiroteos, sino probablemente de forma deliberada a culatazos, palos o puñetazos descargados por la soldadesca aburrida. El entarimado de las habitaciones había sido arrancado. En el centro del comedor veíanse cenizas y carbones, restos de una hoguera que se había alimentado de muebles destrozados. No era fácil decir para qué hubiera servido a nadie dicha hoguera, pues estábamos en verano y el calor era sofocante incluso de noche, además al lado había una cocina bien provista para preparar la comida. Todos los muebles, armarios, aparadores estaban destrozados y hechos astillas. Mis pies pisaban espejos convertidos en añicos. El papel pintado de las paredes estaba arrancado desde el techo hasta el suelo, las paredes aparecían ahora repletas de inscripciones hechas a mano y dibujos de tiza, carbón y brea, semejantes a las inscripciones y dibujos que adornan los muros, las paredes de los cuarteles, las cárceles y fábricas de Moscú. La

biblioteca, antaño compuesta de miles de volúmenes selectos y escogidos esmeradamente encuadernados, aparecía ahora reducida a un montón de papeles desordenados.

Me llamó la atención un libro grande en folio tirado descuidadamente en el suelo, con restos de dorado sobre orillas y cantos. Sobre el viejo papel amarillento estaban impresos unos caracteres griegos. Me incliné para ver mejor y reconocí el texto, que yo recordaba de días pasados: el divino Platón defendía al inmortal Sócrates para beneficio de la posteridad. Paseé los ojos inadvertidamente hasta el final de la página y le di la vuelta. Entonces me golpeó un fuerte hedor procedente del libro abierto. Heces humanas, en forma de charco glutinoso y repulsivo, cubrían la página vuelta. Supuse que los libros más elegantes de la biblioteca habían recibido, por parte de otros lectores ocasionales, el mismo trato que había sufrido la obra de Platón.

Lo que más me afectó ante la ruinoso visión de esta casa destruida fue la amplia variedad que adoptaba esa manera tan moscovita de dejar tras de sí un recuerdo hediondo y envenenado: en cada rincón, en medio de cada habitación, encima de los alféizares, sobre los colchones hechos jirones, sobre el teclado destrozado de un piano de cola destruido. Deseo muy singular, el querer convertir todas las cosas en una cloaca. Si esto tan sólo es el rastro que han dejado, ¿cómo será verlos a ellos mismos en persona? — pensé...

Un dolor casi físico ahogaba mi alma. Salí atropelladamente de aquellas malolientes habitaciones para pasear por el jardín.

Pero una vez allí, de nuevo las imágenes de pesadilla continuaban: plantas que habían sido traídas de latitudes meridionales, yacían arrancadas de raíz para que nunca más pudieran retallar; malvas, rosas, dalias, girasoles, todas cortadas a bastonazos o latigazos; manzanos y fructíferos perales de cuyas ramas colgaba la fruta todavía verde, tiradas sobre el destrozado suelo, arrancadas del tronco materno, en el cual se apreciaba una cruel herida blanca por la parte desgarrada.

Intentando apartarme de esta horrible visión, llegué, siguiendo una frondosa colina, hasta un pequeño lago, o más exactamente hasta un estanque, elemento habitual que casi siempre adorna las casas solariegas de Polonia. El agua del estanque, bordeada por juncos y torrentes, refulgía bajo el sol de agosto con destellos de plata fina y oro puro. Junto a la vegetación de la orilla, el estanque parecía cubierto completamente por una masa de brillantes y húmedas esmeraldas, como adormecidas por el calor de la tarde; en realidad eran lentejas de agua y los nenúfares ahora sin flor, lisos como platos llanos, flotando sobre las plácidas aguas, que parecían formar la verde superficie de alguna gema maravillosa.

Con alegría sumergí la vista en este húmedo rincón solitario. Súbitamente me pareció

que bajo el agua de destellos argénteos y dorados había algo inmóvil y blanco, algo que recordaba a los montoncitos de nieve que se ven durante la primavera en el estanque al producirse el deshielo. Observé con más atención y comprendí que eran cisnes muertos. Uno, dos, tres....cinco....diez... A todos les habían disparado por simple placer, típico del desenfreno moscovita.

Ya de vuelta me percaté de otro detalle, muchísimo más desagradable. Siguiendo el paseo que pasaba por la orilla el estanque, vi todavía a algunos otros cisnes. También muertos. Sin duda alguien había tenido una brillante idea. Algunos sauces junto al estanque fueron hendidos de alto en bajo con hachas o con sables, hasta la raíz. En las horcas resultantes de esta acción fueron engastados los tenues y largos cuellos de estas aves. Las cabezas lisas de los cisnes con sus picos completamente abiertos sobresalían sin vida de un lado de los árboles, por el otro lado estaban los cuerpos inertes de las aves con las alas extendidas en un último gesto de desesperación. Algunas plumas al caer se habían pegado a la tierra, recordaban a los agarrotados dedos de quienes han muerto bajo tortura. Una pelusa gris y blanca acolchaba la hierba de alrededor moviéndose incluso con la más leve bocanada de viento.

Esa gente no perdonaba su origen noble ni siquiera a los cisnes, pensé afligido. El temor inmenso por Marychna me oprimía de tal manera que apenas podía respirar y me sentía igual que los cisnes en las horcas de madera cuyas mitades cortadas se cerraban tan ingeniosamente.

Estremecido por el rechazo que me inspiraba todo ello y sintiéndome asqueado de lo que veía, fui en dirección a los puestos avanzados que ordené establecer delante del parque, con la excusa de inspeccionar la labor desempeñada por mis hombres, pero en realidad para tener que hacer algo, para ocupar mis pensamientos con otra cosa, para no estar más tiempo a solas conmigo mismo, con el enjambre de mis dolorosos pensamientos bullendo en mi cabeza, punzantes como una úlcera infectada. Nada más salir del parque encontré a algunos de mis soldados.

Se habían congregado bajo el muro del jardín. Hablaban en voz muy alta y todos a la vez, muy atentos a algo que había en el suelo. Callaron al ver que me acercaba y me dejaron pasar. Eché un vistazo a aquello que causaba tanto revuelo. Al principio pensé que era un hongo de forma increíble, torcido, blanduzco y muy grande que después de las recientes lluvias había brotado del suelo mojado.

«¿Da su permiso?» Preguntó uno de ellos que deseaba informar. «Según dicen los lugareños, aquí debe de estar enterrado uno de nuestros oficiales. Herido grave, los bolcheviques le encontraron después de una batalla en los bosques cercanos, y los muy perros lo arrastraron hasta aquí. Le cogerían de las piernas y le arrastrarían la cara por el suelo, luego enterraron vivo al pobre desgraciado. Y ésta es su mano que sale como si nos saludara desde el otro mundo. ¡Ay del pobre teniente!»

Me arrodillé para ver mejor. No había duda alguna, aquella mano que salía de la tierra pertenecía a un hombre enterrado vivo. Alrededor de su muñeca la tierra parecía más suelta. Y con el movimiento de la mano solidificado había algo que congelaba la sangre en las venas: una historia elocuente, aunque muda como la muerte, el último gesto de la muerte horrible de un ser humano enterrado con vida, que con su último y desesperado esfuerzo, con el grito subterráneo de unos labios llenos de arcilla, se esforzó por salir al aire libre, pero tan sólo esta pavorosa mano de cadáver pudo salir de su tumba...

«¡Se levanta hacia Ti la mano suplicante!» Me vino a la memoria el versículo de un triste cántico sobre una mano extendida hacia el Señor desde la tumba, llamando a la guerra y convocando al Juicio Final...

Encima de la terrosa piel de esa mano corrían ya las atareadas hormigas, como siempre lo suelen hacer: rápido, sin ningún objeto, en fin, a la manera de las hormigas. Todos los dedos, excepto el índice, se recogían formando un puño fugado, aquel, torcido, señalaba a alguna parte, en una dirección desconocida. Una mariquita se deslizó sobre él, como si fuera una gota de sangre que estuviera cayendo, se deslizó hasta el extremo de la uña, después tardó un poco en desplegar los duros corales de sus élitros, finalmente extendió las alas membranosas y ascendió al cielo azulado de agosto...

«¡Sargento! ¡¿Dónde está el sargento?! ¡Que se presente el sargento!» Grité sin darme cuenta de que mi voz sonaba roncamente como un galimatías mezclado con gemidos y que tenía la cara demudada y terrosa, como esa mano de debajo de la tierra que estaba señalando no se sabía qué.

«¡Reunid a todos los hombres, enseguida! ¡Preparad las armas! ¡En quince minutos, quiero a todos listos para marchar a Jaskroniec!»

Mi corazón latía en mi pecho a un ritmo desaforado, como si cientos de tambores redoblando dieran de repente la alarma con un sordo zumbido.

Capítulo IV

Íbamos a marchas forzadas por la carretera que conducía a Jaskroniec. Yo personalmente asumí el mando de la vanguardia que aseguraba el avance de toda la compañía.

Era mediodía pasado. El tórrido sol de agosto arrojaba a plomo sus rayos sobre nuestras cabezas en forma de una cascada hirviente desde el cielo.

A ambos lados de la carretera, se veían los dorados cereales erguidos como muros y que se consumían por el calor, maduros desde hacía algunas semanas, pues nadie los había recogido aún aquel año.

Los acianos descoloridos y las cizañas sonrosadas se marchitaban por el calor entre espigas demasiado maduras, doblegadas por el peso de sus granos. Una multitud de saltamontes invisibles proferían incansables su canturreo seco e intenso en la calma del mediodía.

De improviso una mariposa amarilla o blanca se elevaba de entre la espesura de los cereales y me acompañaba un buen trecho de camino, agitándose porfiadamente en torno a la cabeza, como si tuviera que decirme algo de la máxima urgencia, pero no podía o no sabía hacerlo, y entonces tan sólo susurraba, susurraba constantemente con un pánico mudo en las alas, como un agudo susurro en los oídos.

Excepción hecha del canturreo de los saltamontes, del murmurar de las mariposas y del ruido de nuestros pasos, nada perturbaba aquel gran silencio, aquel silencio reinante en el campo de trigo marchito ya, aquel silencio que abrasaba el horizonte de un extremo al otro.

Escuchaba atentamente, plenamente entregado, aquel silencio total. Y me sentía como aquellas veces que estamos en casa, cuando después de comer escuchamos el tictac del reloj a nuestro lado: a veces da la impresión de que el péndulo se detiene y se hace un abrupto silencio, pero sabemos que se trata sólo de una ilusión.

De repente, sin embargo, en el momento más inesperado vuelve a oírse el silabeo metálico del péndulo, tan claro, tan fuerte, como si tuviéramos el reloj metido en la cabeza. Más adelante la ilusión se repite, dura algún tiempo, y un sonido rítmico, perdido en el silencio, penetra desde ninguna parte nuevamente en nuestros oídos y, repitiendo el

tictac en la cabeza, resuena todavía con mayor claridad.

De vez en cuando, el ruido de los saltamontes, el aleteo de las mariposas y los pasos de los soldados desaparecían por completo de mis oídos, de tal manera que ya no lograba escucharles ni percibirlos en modo alguno. Se hacía un silencio agobiante, como si procediera del fondo del océano, bajo un manto de agua adormecida, a miles de pies de profundidad. Entonces era como si alguien me estuviera llamando, pero aquel terrible grito desgarrador implorando ayuda no conseguía llegar hasta mí.

Poco más tarde, mis oídos volvían a abrirse y de nuevo oía todo cuanto había que oír en el silencio del campo. Hasta que de nuevo aquella extraña sordera se apoderaba de mí y otra vez presentía un violento y desgarrador grito de auxilio, que no podía llegar a mí... Y así me sentí durante todo el camino.

Tras varias horas de apresurada marcha, llegamos a una colina situada junto al camino. Había allí una vieja cruz tallada en vigas enormes conmemorando la Pasión de Jesucristo, visible desde lejos.

No quedaba más que pasar al lado de la colina, luego atravesar un bosquecillo que crecía a ambos lados del camino, y —de repente— Jaskroniec sería nítidamente visible en lontananza... Dejé a la compañía en el bosquecillo bajo el mando del sargento. Mis hombres apenas podían andar y estaban tan cubiertos de sudor que parecían mojados por una lluvia torrencial. Yo mismo, con un grupo de soldados voluntarios, me puse en marcha para explorar el terreno a través de la espesura de los cereales que tenían la altura de un hombre, para llegar a Jaskroniec sin ser vistos, porque no podía saber si nos íbamos a encontrar con algún destacamento enemigo de importancia.

Me serené y volví en mí mismo... Estaba tranquilo y me concentré enteramente más por cumplir con éxito la misión de nuestra patrulla y por explorar debidamente el terreno que por lo que pudiera estar aconteciendo en Jaskroniec.

Por las cunetas cubiertas de crecidas ortigas, llegamos al muro que rodeaba la granja, la huerta y mi casa. No se veía a nadie en el camino. Sólo en un momento dado nuestra avanzadilla ahuyentó del matorral a una gallina, que empollaba pacientemente sus huevos, puestos allí sin que a nadie le importara. El ave espantada se refugió en la parte superior del muro y cacareaba fuerte e incesantemente hasta que, por miedo a que revelara nuestra presencia, tuvimos que silenciarla con una piedra. En el pueblo, alejado de unos metros, los gallos cantaban melancólicamente, adormecidos por el sol y el silencio. Aparte de lo cual, el campo parecía el reino de los muertos o un fabuloso país en el que todos durmieran durante las horas del día.

Ayudándonos unos a otros logramos pasar el muro del jardín, después di orden a mis hombres para que se dispersaran y que con las armas listas para entrar en acción

fuéramos aproximándonos a la casa, sigilosamente, por entre los arbustos y la hierba crecida (no segada todavía pese a lo avanzado de la estación). Sus muros, encalados y blancos como la nieve, se ocultaban bajo el profuso verdor de las hojas.

Justo delante de la casa había lilas y jazmines en flor, nos detuvimos junto a ellos por un breve instante, esperábamos oír cualquier ruido procedente del interior. Pero el silencio era total. El edificio de dos pisos que estaba a diez o veinte pasos de nosotros parecía muerto por completo. Todas las ventanas estaban abiertas de par en par, como si una ráfaga de viento las hubiera dejado así. La hiedra, ligeramente marchita por causa del calor, dejaba colgar el cortinaje de sus frondosas hojas desde el tejado hasta el suelo. La blancura de las paredes era hirientemente intensa bajo el sol. Debajo de uno de los balcones laterales, sobre la arena roja del patio había algo, al principio algo semejante a unos bultos pesados, mal embalados, rellenos de harapos, arrojados al suelo a toda prisa, de cualquier manera.

Nos apresuramos hacia ellos saliendo desde los arbustos. Esos bultos resultaron ser los dos cadáveres de unos soldados bolcheviques, tirados junto a dos charcos de sangre reseca.

Entré en la casa por la puerta, que estaba abierta de par en par, subía varios escalones a la vez, a la mayor rapidez. De repente golpeó mi vista la misma imagen de desolación total que me había encontrado en la casa inspeccionada por mí tan sólo unas horas antes.

El repulsivo grado de destrucción del que era testigo en aquellos queridos rincones de mi infancia me provocaba una sensación tan triste y desagradable, como si me encontrara contemplando el interior de una tumba infamemente profanada.

En el balcón, bajo el cual yacían los cadáveres, hallé el primer rostro conocido. Mi administrador estaba allí sentado, con la cabeza echada sobre el pecho, en una posición que daba la impresión de que estuviera vivo, aquel que según las habladurías, vendía a los judíos mi trigo al amparo de la noche. Estaba ahí, muerto. Le mataron de una manera que supera toda descripción. Al lado, en el suelo, había una escopeta de dos cañones, hecha pedazos, además de unos cuantos cartuchos de cartón que habían sido disparados, aún con manchas de pólvora. En medio de la desesperación que cruelmente, como con tenazas de hierro, me rompía ya el corazón, sentí no obstante una especie de alivio extraordinario... Mi administrador, a quien una novela a la antigua usanza hubiera podido calificar perfectamente como de «leal servidor», no permitió que le degollaran como a un corderito sin antes abatir a dos asaltantes con una bravuconería muy propia de él: ¡haciendo una descarga con una simple escopeta de caza a los sanguinarios bolcheviques!, ¡con perdigones que sólo servían para cazar patos!...

Caminando despacio, paso a paso, bajé las escaleras hasta las habitaciones que habían sido saqueadas y salí afuera. Ausente, miraba en derredor. Mis ojos se entretenían con el

vuelo de una libélula por encima de los muros de la casa, tan sobrecogedoramente blancos, cubiertos por las oscuras hojas trenzadas de hiedra, de manera que el conjunto semejaba una cenefa mortuoria que cubriera un gran sepulcro blanco. En ese estado total de abstracción, de ausencia total de pensamientos conscientes, escuché cómo el cabo de mi patrulla se presentaba a informar: «Todo en orden, no hemos visto nada sospechoso».

Inmerso en un estado de máxima indiferencia frente a lo que me rodeaba y con mi alma reducida a un estado inerte, he aquí, que de entre los arbustos cercanos, una criatura salió a mi encuentro arrastrándose, gimiendo levemente.

Reconocí a un viejo amigo de la familia, a nuestro perro César, el favorito de Marychna. Se movía sirviéndose tan sólo sus patas delanteras, los cuartos traseros los arrastraba dificultosamente, como lo hace un perro al que le han partido el lomo.

Me reconoció y sin dejar de gemir tenuemente, comenzó a acariciar mis rodillas con su viejo hocico. Me lanzaba su mirada fiel e intentaba mover la cola en señal de alegría. Esa mirada leal me trajo de vuelta a la realidad, hasta entonces no sabía que la noble mirada de un perro pudiera condensar tanto dolor humano.

Mientras César me miraba sin parar, me daba la impresión de que quisiera conducirme a algún lugar. Se arrastró en dirección a las dependencias anexas. Presintiendo algo, le seguí. Llegamos hasta el pozo cercano. El pozo, excavado todavía en vida de mi padre, tenía una profundidad de varias decenas de pies y estaba coronado por un brocal de piedras sólidas. A Marychna de niña le encantaba contemplar su interior. Solíamos hacerlo juntos, para mayor alegría suya, gritaba (a pleno pulmón) diversos nombres y palabras que resonaban en el fondo del abismo, donde brillaba un pequeño círculo de agua, parecido a una acuática luna llena. Nos divertía muchísimo cuando aquel abismo húmedo cubierto de piedras nos respondía con su eco apagado y sonoro, era como la sensación que uno tiene cuando le zumban los oídos...

César se quedó clavado cerca del pozo, olfateaba todo el tiempo las fisuras y grietas de la piedra, por fin levantó su hocico y con los ojos entornados se puso a aullar prolongada y lastimosamente. Me asaltó una sospecha horrible. César calló por un instante, después aulló de nuevo, de modo aún más penetrante, con toda su alma canina, sintiendo lo que un ser humano nunca pueda sentir. Esto aullido se me clavaba en lo más hondo, me hería en lo más profundo de mi ser, como el dedo despiadado que hurga dentro de una dolorosa herida...

Vi una sombra humana a mis pies, moviéndose por la arena. Se acercaba a mí un hombre barbudo, temblando y encorvado por la edad. No le había visto salir de las dependencias. Antes de que empezara a hablar, ya supe quién era. De la misma manera que hay residentes habituales al servicio de una casa señorial, podría decirse que él era el residente de la granja. Se encargó durante años de diferentes trabajos, y cuando se hizo

demasiado viejo para trabajar, le permitieron seguir viviendo aquí, con tal de que cuidara el huerto cada verano.

—¿Así pues, el amo ha vuelto de la guerra? - dijo el anciano. - ¡Alabado sea Jesucristo!... Estos bolcheviques lo han arruinado todo. No han dejado nada de nada. Han arrasado el huerto entero, hasta las raíces... Y precisamente este año, con la magnífica abundancia que se veía venir. Esto no puede ser sino un castigo de Dios.

—¿Y la señorita dónde está? ¡Dígame! —grité yo, agitando sus brazos con todas mis fuerzas.

—¿Nuestra querida señorita? —suspiró y las lágrimas arrasaron el rostro del viejo—. Que Dios se apiade de su alma. Ya no está entre nosotros.

—¿Qué pasó con ella? ¿Dónde está? ¡Dígame!

—Nuestra querida señorita está aquí, precisamente aquí —y señaló el pozo con la mano—. Quizá el amo no lo sabe aún, pero la noche que vinieron, el administrador, espantosamente encolerizado, se puso a dispararles desde el balcón plantándoles batalla, hasta que supieron silenciarle de la única forma de la que son capaces. Después encontraron dentro a la señorita. La sacaron del armario donde se había escondido arrastrándola por las trenzas y le exigieron las llaves de la bodega. Los soldados querían probar el alcohol del amo. Bebían, forzando a la señorita a beber con ellos. Ya no sé qué pasó después, sólo me imagino que las cosas fueron de mal en peor, porque finalmente vi —¡Dios, ten piedad de nosotros!— a la señorita descalza y vestida tan solo con un camisón echando a correr desde la casa, pobrecita... Y ella corría sin parar, adonde la llevara el viento. Un montón de soldados borrachos la perseguían dando alaridos... Ella huyó a través de las flores, pero la perseguían, pasaba por los lilos, y así lo hacían también sus perseguidores. Aún así no lograban alcanzarla, pues estaban tan borrachos que ni tenerse en pie podían. De esta forma la fueron persiguiendo sin darle caza hasta que llegaron al pozo. Sólo estábamos dos para defenderla —el pobre perro que está ahí aullando y un servidor— porque todos los vecinos habían salido huyendo del pueblo por la mañana.

¿Qué podía hacer un viejo como yo? Apalearon al perro porque se les echó al cuello mordiéndoles, ahora ya apenas puede arrastrar las patas. Y cuando la señorita vio que ya no podía escapar de los soldados, se arregló los cabellos y el camisón, se puso derecha sobre el borde del pozo y acto seguido se arrojó a sus profundidades. Sucedió tan rápidamente como cuando el viento apaga una vela. Los soldados se reunieron en torno al pozo, con las bocas abiertas por la sorpresa. No dejaban de mirar dentro del pozo a ver qué había pasado con la señorita. Estuvieron discutiendo un rato, el que se tarda en recitar algunas oraciones, y después entraron otra vez en la casa para beber hasta la madrugada, estuvieron dando vítores y disparando sus armas toda la noche...

Aquel testigo presencial me refirió con todo detalle las circunstancias que rodearon la muerte de mi hermana, cada una de sus palabras eran para mí como clavos romos que se me clavarán hondamente en mi corazón y en mi mente. Quería saber más, pero sencillamente ya no era capaz hacer ninguna otra pregunta. Mi lengua se había paralizado, se había secado como se secan las hojas en noviembre. Ni siquiera sentía mis labios, no eran más que dos astillas de madera reseca.

Me asomé para mirar dentro del pozo. Contemplaba aquellas piedras con que estaba construida la pared, afiladas como instrumentos de tortura. ¡Pobre Marychna! Probablemente, antes de caer al agua, su cuerpo desnudo se habría golpeado contra estas rocas...

El silencio reinaba en el interior del pozo. En lo más profundo veíase el agua. Caía lentamente, la humedad rezumaba por toda la entibación. Cada gota caía haciendo círculos en la clara superficie del agua como una vibrante telaraña tejida sobre un espejo redondo, perdido en las profundidades. Largo tiempo estuve mirando la reverberación de aquellos círculos en el fondo del pozo, cuando de repente, me llegó un aliento de putrefacción que me golpeó en la cara, procedente de aquella oscura sima, de lo más profundo de aquella húmeda tumba. Al respirarlo desgarraba mis pulmones, me entraba por las venas, penetraba en cada célula de mi cuerpo, como si un espinar se retorciera creciendo por dentro de mis huesos y de mis venas. No sentía más que deseos de llevar a cabo una espantosa venganza, terrible y sin parangón con ninguna otra, quería vengar la sangre derramada, ¡mi propia sangre! Semejantes deseos se enseñorearon de mí en cuerpo y alma con la virulencia de la tormenta que golpea al árbol y destroza sus rampas. No quería sino salir en inmediata persecución de aquellos que eran los responsables del sufrimiento que aplastaba mi alma.

Maldiciendo a Dios y a todos los habitantes de la tierra y el cielo me puse al frente de mis hombres, sin saber realmente a dónde iba, con el único pensamiento de encontrar a aquellos por cuya culpa mi hermana acabó en el fondo del pozo y satisfacer mi venganza de la manera más brutal que nadie pudiera imaginar jamás. Los soldados que me acompañaban temían que hubiera perdido el juicio en medio de mi desesperación.

Marchamos en silencio siguiendo el camino de Jaskroniec persiguiendo al enemigo en retirada. El cabo de mi destacamento intentaba infructuosamente persuadirme quién sabe de qué, pero como no obtenía respuesta alguna por mi parte, optó por dejarme en paz.

No sería capaz de decir cuán lejos habría sido capaz de llegar de no haber ocurrido algo que no sólo me arrancó definitivamente del frenesí que me dominaba sino que además acabó por mostrarle finalmente a mi espíritu el camino que estoy siguiendo ahora.

Me pareció que veía sobre una de las numerosas colinas que hay en aquella región el desmonte de unas trincheras que hubieran sido recién construidas por el enemigo. En mi

frenesí, que casi era ya locura, marché directamente contra aquellas aparentes trincheras, pensando que allí habría de satisfacer mi venganza o al menos, caso de que muriera, mi sufrimiento habría de acabar también.

El sol se hundía en su ocaso detrás de la montaña, dando al cielo de la tarde un sangriento color escarlata. Los pocos arbustos visibles del monte, reseco y sin hojas, proyectaban un tamaño inusitadamente grande, como pasa en el campo cuando los rayos de luz decaen. La purpúrea pupila del sol estaba ya desprovista de su aureola diurna, se parecía ahora a una llamativa luna llena que me acechara detrás de aquellos arbustos del monte, apretados y ocultos bajo su sombra, como si fueran abiertos dedos negros.

Mientras nos acercábamos al monte, el sol comenzaba a ocultarse hasta desaparecer detrás de la cumbre. Por otra parte, nuevas formas empezaban a configurarse donde el sol había desaparecido. Contra el cielo color rojo sangre se proyectaba una forma inquietante, informe y oscura. Sorprendidos, nos detuvimos de inmediato contemplando aquel fantástico espectro negro, creciente y desproporcionado que se movía por la cumbre del monte, bajo un cielo escarlata.

Subimos al monte. De repente, contemplamos un espectáculo jamás visto sobre la tierra por ojos humanos. Desde el pie de la montaña, logramos reconocer qué era aquella figura que cobraba mayor tamaño a nuestros ojos conforme nos acercábamos a ella, no era sino de hecho un animal bastante común. Se trataba de uno de tantos caballos de tiro, un caballo percherón.

Pero al infortunado le habían desollado vivo. Profería hondos jadeos y dolorosos lamentos con una voz que parecía humana, y guiado por su instinto, esta carroña viviente de caballo había subido a refugiarse hasta la cima del monte. Tenía un aspecto penoso, desollado por entero, salvo la cabeza echada hacia el suelo como si estuviera soportando un peso enorme.

—«Mirad, compañeros —estaba explicando el cabo a sus soldados— el caballo tiene una pata rota. Así como está no se lo hubieran podido llevar, de manera que, los muy crueles, le arrancaron la piel del cuerpo para llevársela con ellos».

No pude refrenar la afluencia de innumerables pensamientos en mi mente atónita ni evitar tampoco un torrente de sentimientos indefinibles, mirando al animal martirizado. Se paralizó toda mi alma, y de mi alma entumecida desapareció el deseo de venganza, igual que de la mano entumecida cae al suelo el estilete.

Recuperé mis facultades y depuse mi demencia. Había dos buenos razones, la primera de ellas era que mis operaciones sobre Jaskroniec las emprendí sin permiso alguno, por tanto cualquier iniciativa contravendría las órdenes. Además, ese caballo que vi en el monte aparecía en mi mente como gran símbolo, mucho más claro y evidente que mi

dolor y que daba una explicación total a todo cuanto en adelante pudiera acontecer. Era algo que en aquel momento apenas lograba sentir, andando el tiempo, poco a poco, sería capaz de comprenderlo plenamente, pero por ahora me bastaba con intuirlo.

Emprendimos rápidamente el regreso para reencontrarnos con el resto de la compañía que permanecía en el bosque, junto a la carretera a Jaskroniec. Atrás quedaba aquel espeluznante caballo en el monte. En el resplandor sangriento a poniente, este caballo - gigantesco, aterrador, negruzco - era aún visible, a lo lejos, en su colina, parecía que la mismísima guerra lo hubiera ofrecido a Dios como imagen viva del martirio para exculpar su culpa y su infamia.

Capítulo V

Al día siguiente, el batallón al que pertenecía mi compañía tuvo ocasión de encontrarse con el enemigo, lo que trajo como consecuencia crueles y encarnizadas escaramuzas, en el transcurso de una de ellas caí malherido, cubierto de cortes y estocadas como si fuera un maniquí de los que se emplean en las prácticas de cuchillo y combate a la bayoneta para adiestrar a los reclutas. No recuerdo siquiera cómo me alzaron y me pusieron en una camilla, sentía el sabor amargo de la sangre que caía por mi rostro, veía como chispas encendidas amarillas y rojas flotando en mis ojos, tenía sangre coagulada por todas partes. Fue mucho tiempo de marcha el que pasé encasquetado en un carro de adrales que no dejaba de dar tumbos. Debido al traqueteo incesante de las ruedas que me volvía las tripas del revés, al calor abrasador del sol que era un verdadero hierro candente aplicado a mis heridas, a la sed que me atormentaba como si hubiera bebido una solución de pimienta, debido a la acción voraz de las moscas y abejorros entrando importunamente por la boca, la nariz, los oídos, acabé perdiendo el conocimiento finalmente, y ya no lo recuperé hasta despertar en una cama de limpias sábanas perteneciente al hospital de una ciudad, estaba en una habitación blanca y bien iluminada, cubierto de vendajes, como si fuera un recién nacido envuelto en paños.

Al fin tenía tiempo de sobra para pensar y para reflexionar sobre cuantas cosas habían ocurrido. Aquellas infectas heridas más supuraban y quemaban con un fuego que no cesaba nunca, que me atormentaba tanto como si dentro de ellas tuviera ascuas encendidas. Sentía cómo mi cuerpo se hinchaba, como si por diferentes partes de él me estuvieran tirando de unos afilados anzuelos clavados a él y atados a unos hilos finísimos, tensados al máximo por unas pesas. Por si eso fuera poco, la fiebre me devoraba constantemente. El mundo real y el onírico se confundían y mezclaban entre sí creando imágenes fabulosas. Percibía ambos mundos a la vez como las imágenes resultantes de dos linternas mágicas vistas simultáneamente. Una visión recurrente y repetitivamente fiel en todos sus detalles me atormentaba de manera especial. Nada más caer en mi sueño febril, me veía a mí mismo, en mi delirio, echado en tierra igual que tras una escaramuza, cubierto de heridas y con el pecho destrozado, sobre la hierba delante de aquella casa solariega situada junto a la ruta que llevaba a Jaskroniec, donde tuve que ver los cisnes con las gargantas clavadas en esas improvisadas horcas y la mano de un hombre que había sido enterrado en vivo, y que todavía, con un gesto que espantoso, parecía señalar algo desde debajo de la tierra.

A mi alrededor había rosas, malvas, dalias y girasoles con los tallos, que habían sido quebrados y cortados a bastonazos o latigazos simplemente por diversión.

Las flores que quedaban sin arrancar en los maltrechos tallos, se marchitaban por el calor agobiante que a mí también me tenía postrado, sudando a chorros sobre las plantas cortadas. En el sueño también había un pozo, como el de Jaskroniec, junto a las dependencias de la casa... El brocal estaba hecho de grandes piedras y se elevaba a cierta distancia por encima de la hierba que había crecido tan alto como la avena madura. Sentía náuseas. Debido al calor tenía la sensación no tener sino el cuerpo de un muerto descomponiéndose en vida y oliendo a podredumbre. Mis ojos horrorizados se clavaron fijamente en el brocal del pozo.

De repente y con la mayor naturalidad, veía a mi difunta hermana Marychna saliendo del pozo, como si estuviera saliendo por la puerta de su casa. En el sueño era aún la misma muchacha de diecisiete años que dejé para ir a la guerra. Caminaba descalza entre la tupida hierba que le llegaba a sus delicadas rodillas, tan sólo llevaba puesto un fino camisón blanco de lino, que caía de un lado y dejaba a la vista su hombro desnudo, ajado y enflaquecido.

Iba a echar agua a las exhaustas flores con una regadera de grandes dimensiones y que debía estar llena de agua pues oía el pequeño chapoteo dentro, así como el golpeteo acompasado del agua cuyo peso encorbaba levemente el fondo del recipiente. Marychna se encargaba de los tallos quebrados como podía y los regaba vertiendo una leve llovizna plateada que salía por el pico de la regadera. Revisaba amorosamente las malvas y los girasoles. Volvía a alzar los tallos pisoteados para enderezarlos mirando al sol. Pero ella no notó mi presencia. No querría verme. Pasaba junto a mí pero, afligida, volvía su rostro pensativo, más atenta a la perentoria tarea de jardinería que debía llevar a cabo.

Quería hablar con ella, pero era incapaz de articular palabra. Mi lengua parecía un trozo de madera seca, clavado en lo más profundo de la garganta.

Así que me dirigía a ella no más que con mis pensamientos, con palabras no pronunciadas que brotaban del interior de mi alma:

«Mi hermana querida, mírame, te lo ruego... Me siento morir, ya no soy más que un cadáver maloliente. Me quemo por dentro, mi garganta está seca.... Tú que te inclinas benévola sobre los girasoles y las malvas echándoles agua pura y brillante como la plata, por favor, mírame también a mí y derrama de igual manera un poco de agua sobre estos labios sedientos...».

Pero mi hermana se marchaba sin haberme mirado siquiera, levantaba la regadera por encima de su cabeza y la sacudía escurriendo el agua, como si quisiera hacer ver con ello que ya no quedaba ni gota para mí. Se acercaba nuevamente al pozo y entraba por donde

había salido con toda sencillez, como se hace habitualmente cada vez que entramos por la puerta de casa...

Entonces escuché un sonido semejante al traqueteo de los barriles vacíos, así como el ruido provocado por unas pesadas ruedas al rodar por el suelo de grava y finalmente los gritos que intercambiaban una cuadrilla de arrieros entre sí. Delante del pozo, sobre dos ruedas enormes iba montado un gran tonel que me tapaba la mitad del cielo. El tosco transporte, un carro de dos ruedas que recordaba de lejos a la biga romana, era arrastrado por un monstruoso ser cojo que tiraba del ronzal. El sonido de su respiración era como el de un fuelle, jadeaba entrecortado. Reconocí en él al caballo que había visto en la montaña. Le atormentaban abejorros y moscas que mordían su carne viva y desnuda. En vano intentaba ahuyentarles con los espasmódicos movimientos de sus músculos crudos; la nube voraz de insectos seguía cayendo sobre el esquelético lomo de la pobre bestia.

Había soldados, me parece que de mi compañía, que se afanaban en llenar el tonel con agua del pozo. El caballo seguía en pie, esperando pacientemente, tan sólo tratando de espantar con movimientos parecidos a los escalofríos provocados por la fiebre, el enjambre de insectos que hostigaban su carne desollada, con los ojos puestos en blanco por la tortura que estaba sufriendo. Moscas verdes repulsivas se separaron de aquella carroña viviente y se posaron en mis labios. Cierro los ojos, pero puedo percibir perfectamente cómo sus patas húmedas y repugnantes corretean también por encima de mis párpados. El tiempo se mide ahora con los acelerados latidos de un corazón torturado, siendo cada latido una puñalada hundida en la carne viva.

Pasado un rato, escucho el chirrido de las ruedas. Abro los ojos y veo cómo se llevan el tonel del pozo. El caballo martirizado y lisiado apenas tiene fuerzas, los soldados comienzan a pegarle con el látigo, con las riendas, con las culatas de los fusiles, pateándole el vientre, todos se abalanzan sobre el animal con un furor encarnizado que llega al paroxismo de la crueldad, obligándole a llevar un peso excesivo al galope... Por fin desaparecen de mi vista, pero durante bastante tiempo he de oír aún los golpes dados con el látigo y las riendas en viva carne, así como los gritos proferidos por los arrieros: «¡Arre!»...

Estas visiones me atormentaron durante semanas. Cada vez que ocurría, yo gemía, suspiraba, lloraba y resollaba en medio de aquellos sueños agónicos. Cuando conseguía despertarme y librarme de las pesadillas, siempre encontraba ante mí a la hermana Honorata, la enfermera encargada de cuidarme, que al pie de la cama me dirigía siempre una mirada compasiva llena de preocupación.

La hermana Honorata presentaba el aspecto habitual de las Hijas de la Caridad. Llevaba la toca alada característica, semejante a una blanca gaviota desplegando sus alas, el hábito religioso de corte un tanto anticuado y el rosario colgando del cíngulo con cuentas gruesas y negras, con la cruz al final.

En lo que se refiere a su personalidad y carácter, la podría definir en pocas palabras diciendo que era muy paciente, sobremedida comprensiva, que era sabia y muy buena. Por la forma de comportarse y de hablar, y por el hecho de que las demás enfermeras cuando les irritaban sus exigencias la llamaran a sus espaldas «la condesa», debía de haber sido en otro tiempo una auténtica dama de la alta sociedad.

—He tenido que despertarle porque durante el sueño gemía usted de manera espantosa —dijo poniéndome la mano sobre la frente.

—Gracias hermana, eran malos sueños, que me atormentan. Una y otra vez es la misma pesadilla que se repite.

—Teniente, poco importan los malos sueños o las visiones cuando Dios ha dado la fe. Aquellos que tienen la conciencia tranquila no padecen pesadillas.

—Pero no todos podemos gozar de una conciencia tranquila, hermana.

—Sin embargo todos deberíamos. Eso nos haría felices y el mundo se convertiría en un lugar hermoso.

—Me pregunto qué podemos hacer para conseguir una felicidad semejante.

—Basta con no olvidar que Dios existe. Y que Cristo ha habitado entre nosotros, que se hizo carne y vivió en este mundo, y que nos amaba pese a nuestros pecados...

—Cada cual se busca un dios a su manera y según sus necesidades, hermana.

—Digamos que cada uno se fabrica el dios que se merece, y es por eso por lo que hay tanta infelicidad y fatalidad. Pero en realidad sólo existe un Dios, que es Uno y Trino, y que nosotros, seres imperfectos, llamamos Cristo.

—Discúlpeme si no me convencen estas argumentaciones teológicas. Hubo un tiempo, quizá, en que esto valía para todos, pero hoy sólo le sirve a unos pocos. Es algo en lo que aún pueden creer mujeres y niños, que ciertamente son más sensibles, pero la verdad es que yo soy incapaz de creer en algo así.

—Eso se debe a que usted, que se considera a sí mismo como un hombre adulto e inteligente, se avergonzaría de creer exactamente en lo mismo que creen niños y mujeres, es decir, de creer en Cristo. ¿Acaso no cree usted en que sea posible para la humanidad que exista el amor universal?

—¡Desde luego me gustaría creer eso!

—Pues quizá vosotros, que como decís no creéis en las historias que cuentan los curas,

deberíais daros cuenta de que Dios y Cristo son justamente ese amor universal y sin límites. Porque nuestro Salvador dice de sí mismo: «Yo soy el amor infinito». Y lo más importante que nos enseña es a amarnos los unos a los otros, amándonos entre nosotros el Dios Único habitará en nosotros. Pero nos avergonzamos de este amor, y por eso el amor infinito también se avergüenza de nosotros, y ninguna otra es la razón por la que las calamidades humanas parecen no tener fin, ni el hambre, ni la enfermedad ni la guerra.

—¡Eso ha sido la gota que ha colmado el vaso! — le grité—. ¿Cómo quiere que ame a aquellos que arrojaron a un pozo a mi única hermana?

—Dios les juzgara y seguro que les castigará con más justicia que usted. Dígame, si usted pudiera vengarse de ellos y arrancarles la piel a tiras, ¿le ayudaría eso a tener por fin su alma en paz?

—No, me temo que no.

—Este amor que ellos nunca apreciaron y que repudiaron toda su vida será quien les juzgue y les castigue por sus actos. ¿No pensará usted que el hombre es feliz haciendo el mal? Está en la naturaleza del hombre hacer el bien, como está en la naturaleza del sol iluminarnos dándonos calor, y está en la naturaleza del árbol florecer y dar fruto. El sol que no brilla muere, el árbol que no da fruto se seca. Pensemos en esto: si los hombres han sido creados para amar a su prójimo y hacer el bien, pero sus actos son malvados, crueles y provocan rechazo, entonces ¿cómo habrán de ser sus almas y sus corazones? No conseguirá combatirlos con la venganza, sino con la piedad. Para vencerles, tendrá que perdonarles, actuando así será como si le echaras por la cabeza cenizas¹⁰, así lo dice la Biblia, un libro que para la gente como usted no es más que un libro para niños de escuela, en el mejor de los casos goza para ustedes de la misma consideración en los asuntos prácticos que toda la charla erudita de los profesores de metafísica que hay por Europa o el falso misticismo importado por personas seguidoras de la señora Blavatsky para exprimir a los débiles de mente o aprovecharse de las histéricas.

—«Vaya con la hermana Honorata, tan elocuente, como un Padre de la Iglesia en pleno debate», le decía yo con tono un tanto burlón, queriendo suavizar un poco la seriedad que había tomado la conversación.

—«¡Porque yo tengo razón y usted no!» contestaba ella plenamente convencida.

—«Es posible, es posible». Contestaba yo conciliadoramente, para poner fin a la discusión.

Después de una de estas muchas conversaciones, sintiéndome ya algo mejor, comencé a darle vueltas a algunas cosas, mirando mis manos enflaquecidas por la enfermedad

encima de la manta, sobre las que sol otoñal arrojaba vivos y alegres destellos de luz a través de los cristales de las ventanas. Muy a pesar mío, mis pensamientos giraban constantemente sobre el caballo visto en la montaña. El sueño se repetía una y otra vez, día tras día. Es fácil, en medio de la enfermedad y las dificultades, ser más proclive a caer en ciertas creencias y figuraciones; como no me faltaba tiempo para pensar constantemente en el sueño, empecé a preguntarme por el sentido del mismo, y a preguntarme si aquello no sería incluso una señal del cielo, pues por entonces ya había empezado a creer.

Pese a la profunda melancolía en la que estaba sumido, mis pensamientos adquirirían un tono más reconfortante, presentándose el mundo bajo un hermoso brillo, con los mismos colores que veía a través de mis ventadas iluminadas por los rayos del sol de otoño. Ahora me veía a mí mismo en completa soledad, y en mis ensueños, providentemente, me reconocía en todo y me identificaba con cuanto existía bajo el sol y la luna. Estas ensoñaciones me dominaban de la misma manera que una poderosa corriente arrastra una barca sin remos.

«Si los hombres han sido creados para amar a su prójimo y hacer el bien, pero sus actos son malvados, crueles y provocan rechazo, entonces ¿cómo habrán de ser sus almas y sus corazones?». Las palabras de la hermana Honorata revoloteaban en torno a mi cabeza como vuelan los finos hilos de las telas de araña empujados por la brisa durante los veranillos de San Martín.

Si los actos de aquellos hombres, que asesinaron a mi única hermana y que fueron capaces de enterrar a un hombre vivo, eran algo tan escalofriante como el triste espectáculo de un caballo desollado vivo (triste símbolo de la vileza en que habían caído), ¿cómo no habrían de ser sus almas?

¿No serán algo más repulsivo aún y más miserable todavía que aquella espantosa carroña de caballo? Y si yo quisiera aplicar nada más que la ley del talión, ¿cómo iba ser mi alma diferente de la de ellos? ¿Es que durante los últimos seis años no había levantado la guerra un monumento a sí misma en lo más profundo de mi alma bajo la forma de aquel caballo desollado? ¿Es que mi corazón durante ese tiempo se había endurecido tanto como para permanecer indiferente ante la humanidad y abrigar no más que sentimientos de odio y venganza?

¿Acaso bastaría que nosotros, los así llamados «defensores de la civilización y la fe», cegáramos con cadáveres la sima desde la cual la plaga del bolchevismo ha tratado de extenderse y dominar el mundo, careciendo nosotros de una motivación más noble si actuáramos sólo por venganza, quedando así equiparados a los espíritus que se retuercen dentro de ese mismo abismo? Ciertamente no, hemos de buscar algo distinto. ¿Cómo podría combatirse el odio con el odio y el mal con el mal? Haría falta un odio mayor y una maldad más grande. ¿Seríamos capaces de violentar ese carácter nacional polaco, del

que tanto nos ufanamos y que consideramos muy por encima del ruso, albergando en nuestros corazones un odio y una maldad aún más grandes que el odio y la maldad contra los que luchamos tan ferozmente? ¿Cómo podrían terminar un día el odio y la maldad si han de devorar todas las cosas sin medida? ¿No se volverían finalmente el uno contra el otro destruyéndose mutuamente, de la misma manera que ha ocurrido con aquel desventurado país, que ha hecho que su bandera no sea sino un pedazo de tela ensangrentado y clavado en una fraticida bayoneta?

Cientos de preguntas como estas bullían en mi cabeza, hasta que asaltó una idea luminosa que despejó mis dudas: «Hemos de confrontar esas almas, tan pavorosas como aquel caballo de la montaña, con la humanidad que nos ha concedido Dios, esa humanidad puede vencer cualquier cosa. He aquí la única forma posible de vencer. De otra manera, estaremos perdidos».

Una tromba de pensamientos, igual que numerosos enjambres de abejas, comenzó a pulular dentro de mi mente obligándome a reflexionar sobre las eternas cuestiones que habían preocupado al género humano desde hacía dos mil años.

Y entonces surgió de mis labios la oración tan familiar y conocida como repetida mecánicamente por cualquiera en el interior de todas las iglesias, y que sin embargo, cuando es pronunciada con plena conciencia y profundidad, resulta siempre tan conmovedora y reconfortante en las cuestiones de la vida y en el anhelo de justicia, que nos da la fuerza necesaria para incluso encarar la muerte con entereza: «Perdona mis ofensas, como así yo también perdono a quienes me ofenden»... A todos los que nos ofenden, a todos ellos, perdona a todos ellos, suplicaba desde lo más profundo un corazón al que la guerra no había conseguido matar. La sensación de alivio que tuve liberó un torrente de dulces lágrimas, igual que un árbol desnudo de hojas puede llegar a florecer de repente en un collar de brotes durante una mañana de abril sin que nadie se haya dado cuenta.

Me dormí con lágrimas en los ojos. Y de nuevo volvió el antiguo sueño. Vuelvo a estar sobre el suelo poblado de hierba que ha crecido tan alta como la avena, entre los tallos destrozados de las rosas, dalias, girasoles y malvas. Cerca se encuentra el brocal de un pozo construido con vastas piedras. Pero esta vez ya no sufro ningún dolor. Me siento feliz aunque todavía esté convaleciente y lleve los vendajes tan apretados que apenas me pueda mover. Me posee una suprema felicidad, una alegría confiada, acompañada de un sentimiento de esperanza sin límites. El estado en que me encontraba sólo podría ser comparado con el instante en que la crisálida abandona su estado y está a punto de abrir sus alas, convertida en una mariposa. Pienso en diferentes cosas y todo aquello en lo que pienso - se realiza. Pero no sé si lo que se realiza es antes de mis pensamientos o después de ellos. Si estos maravillosos acontecimientos pasan al mismo tiempo que mis pensamientos...

Pensé en Marychna. Y de inmediato apareció ante mí. Aún, antes de pensar en ella, Marychna ya estaba sobre el brocal, con la misma naturalidad con la que se sale por una puerta abierta. Iba vestida solamente con el camisón blanco, levemente echado a un lado dejando al descubierto su hombro, caminaba descalza entre la hierba que le llegaba a sus delicadas rodillas. Pero ya no llevaba la regadera en la mano, ahora se dirigía directamente hacia mí. En mis pensamientos la pedía que me permitiera ir con ella. Y de repente mis pensamientos resonaron en mi cabeza como si fueran palabras pronunciadas en voz alta, capaces de hacer milagros, como insuflar vida a las piedras, cubrir de hojas los árboles secos, resucitar a los muertos...

No recuerdo cómo me levanté y anduve al lado de mi querida hermana pequeña, su brazo me rodeaba como lo haría una voluta formada por una nube o una rama florecida en primavera. ¿Quién podría decir si esto ocurría en este mundo, en el otro o en un lugar diferente? A lo largo de nuestro camino ocurrieron verdaderos milagros. Antes de ordenarlo, rosas, dalias, girasoles y malvas revivían ante nuestros ojos, brotando y floreciendo en una multitud de colores al tiempo que emitían sus fragancias. La hierba crecía alta y densa. La oíamos crecer. Se puso tan alta como el trigo cuando florecía, después se hizo tan grande como el avellano en mayo, sobre el que se puede oír el canto de los ruiseñores, y por fin se transformaron en un bosque de pinos con árboles situados uno junto al otro como si fueran gigantescos tallos de trigo maduro en el campo.

Continuamos a través de este bosque de pinos caminando con paso ligero sobre el tapiz plateado de musgo. Los empinados árboles de color rojizo se ordenaban formando un corredor que nosotros conocíamos desde antiguo. Parecía como si marchásemos por el camino de la pinada por donde teníamos la costumbre de ir cuando éramos niños. Reconocí el lugar —sólo unos pasos delante de nosotros— donde algo maravilloso iba a ocurrir en cuanto llegásemos. En efecto, el bosque entero se transformó en una iglesia rural, iluminada por la luz de miles de velas, dentro resonaba la música y los cantos de la misa de Resurrección, los sonos de los órganos, de los himnos triunfales cantados por mujeres y niños, se oía también el alegre gorjeo de las golondrinas desde sus nidos situados en las ventanas de la iglesia, semejante a un gigantesco y alegre estruendo.

Y nosotros flotábamos encima, mientras, bajo nosotros la tierra ondulante era como una ola que lavara suavemente nuestros pies, que nos levantara con su oleaje constante y rítmico a una altura cada vez mayor. Mi hermana bienamada me preguntó:

«¿Te das cuenta de lo que es? Hermano querido, sí, esto es el amor supremo, ¡es Dios!».

Capítulo VI

Han pasado semanas, meses enteros, desde que abandoné el hospital. Ahora, paseando entre las elevadas píceas, mirando las elevadas cumbres graníticas de los Tratas, evoco a menudo aquel sueño que me trajo de nuevo a la vida entre dulces lágrimas, aquel sueño en que caminaba con mi hermana querida y mi alma nacía a una nueva vida. Sirviéndome de expresiones que yo mismo he acuñado para entender mi propio proceso espiritual, defino aquel acontecimiento marcado por lágrimas de alegría y un sueño maravilloso, como el de «mi primera fascinación con Dios».

Con mirada y oído atentos, me vuelvo continuamente hacia el fondo de mi ser. Una inmensa admiración me domina: ¡Cómo podía haber vivido tantos años y no llegar a conocerme nunca, ni a percibirme siquiera una sola vez !...

Bien es cierto que, como he dicho al comienzo de mi historia, a menudo me invaden horas de un dolor tan terrible que durante mis paseos solitarios siento deseos de abrazarme a los árboles, apretarlos contra mi pecho y llorar a lágrima tendida. Pero pese a todo, en ese estado de depresión que parece exceder toda capacidad humana de sufrimiento, veo en mí mismo un resquicio clarísimo de esperanza, como si fuera el punto azul cerúleo que se deja ver a través de los cúmulos desgarrados por entre las nubes de tormenta.

Y acto seguido, después de la tristeza lacerante (ojalá que la soporte siempre silenciosamente dentro de mí), es una alegría sublime la que me domina. Ese punto clarísimo, ese ojo azul cerúleo, se extiende, cae sobre mí en forma de un azul celeste y espiritual que es inconmensurable al corazón, inaccesible al pensamiento, insondable para el alma.

Entonces siento en mí un desdoblamiento rarísimo - como el del capullo de una flor que, floreciendo, se divide a la vez en pétalos de corola indivisibles en su ser y en una fragancia que crea el alma de la flor. Me desdoble en dos hombres: el espiritual y el corporal, el eterno y el efímero, el que vivirá eternamente después de la muerte y el que abatido por la vida perecerá en la muerte. Y me siento capaz de hacer milagros, insuflar vida a las piedras, resucitar a los muertos, repito lo que dijo nuestro gran poeta nacional, las palabras de aquel hombre genial que soportando toda su vida un dolor mortal, arrebató a la muerte su mortífero aguijón : «¡Ah, ¿qué parte de mí está aún viva?»¹¹.

Muy a menudo echo un vistazo a un antiguo libro escrito hace casi dos mil años. Su título griego se traduce en polaco por «Buena Nueva» [Evangelio]. El libro fue escrito con palabras que recuerdan a estrellas, relámpagos, pájaros del cielo, flores del campo y, en fin, a la forma ingenua con que los niños se expresan. Pero su reino eterno sobre nosotros no se comprende sólo con palabras maravillosas sino a través de su fuerza y poder. Durante diecinueve siglos miles de millones de personas saciaron sus más íntimos anhelos bebiendo de las fuentes inagotables de donde brotaba dicha fuerza. En efecto, estas fuentes no perdieron nada de su agua viva; nadie, ni siquiera la acción durante siglos de una muchedumbre numerosísima lograría agotar la profundidad del Atlántico. Encontré en este libro un breve pasaje que por su grandeza de sentimientos supera todo lo que la lírica universal tiene de magnífico y excelente.

El Apóstol de los gentiles, que iluminó los corazones humanos, el más grande después de su Maestro Crucificado, guía de todos los que en el camino a Damasco se lastiman al dar coces contra el aguijón, nos exhortó como si fuera un arcángel, con palabras tan poderosas como la antorcha llameante del espíritu, que brilla desde los siglos de los siglos, para que esta exhortación ahora nos llegue también con destellos celestiales:

«Aunque yo hablara todas las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tengo amor, soy como una campana que resuena o un platillo que retiñe. Aunque tuviera el don de la profecía y conociera todos los misterios y toda la ciencia, aunque tuviera toda la fe, una fe capaz de trasladar montañas, si no tengo amor, no soy nada. Aunque repartiera todos mis bienes para alimentar a los pobres y entregara mi cuerpo a las llamas, si no tengo amor, no me sirve para nada. El amor es paciente, es servicial; el amor no es envidioso, no hace alarde, no se envanece, no procede con bajeza, no busca su propio interés, no se irrita, no tiene en cuenta el mal recibido, no se alegra de la injusticia, sino que se regocija con la verdad. El amor todo lo disculpa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. El amor no pasará jamás. Las profecías acabarán, el don de lenguas terminará, la ciencia desaparecerá; porque nuestra ciencia es imperfecta y nuestras profecías, limitadas. Cuando llegue lo que es perfecto, cesará lo que es imperfecto. Mientras yo fui niño, hablaba como un niño, sentía como un niño, razonaba como un niño, pero cuando me hice hombre, dejé a un lado las cosas de niño. Ahora vemos como en un espejo, confusamente; después veremos cara a cara. Ahora conozco todo imperfectamente; después conoceré como Dios me conoce a mí. En una palabra, ahora existen tres cosas: la fe, la esperanza y el amor, pero la más grande todas es el amor».

Cada vez que releo estas líneas - este viento fulgurante que alcanza al alma a lo largo de los siglos y que nos llega en nombre del Amor infinito - me vienen a la mente las palabras de la hermana Honorata:

«Está en la naturaleza del hombre hacer el bien, como está en la naturaleza del sol iluminarnos dándonos calor, y está en la naturaleza del árbol florecer y dar fruto. Y lo

más importante que nos enseña Dios es a amarnos los unos a los otros, amándonos entre nosotros el Dios Único habitará en nosotros. Pero nos avergonzamos de este amor, y por eso el amor infinito también se avergüenza de nosotros, y ninguna otra es la razón por la que las calamidades humanas parecen no tener fin, ni el hambre, ni la enfermedad ni la guerra».

Pero, ¿qué es la guerra ? La gente sencilla la considera el más pavoroso de los castigos divinos. ¿No será la guerra, sin embargo, el pago necesario por el gran fraude cometido a expensas de la humanidad durante la llamada paz armada? ¿Este período de seis años de hecatombe, en el que han caído ya cincuenta y cinco millones de hombres armados, no será tan sólo el balance general en el ajuste de cuentas que Dios hace y cuya totalidad no podemos ni imaginar porque nosotros mismos sólo somos uno de tantos números, una cifra más en los cálculos, escrita con carne y sangre en la enorme página del libro de la vida?

La guerra comporta la caída de todo lo que consideramos cultura y la destrucción de la civilización. Pero en la mente de muchos individuos, y en realidad en una gran parte de la gente, la guerra inspira también el anhelo penetrante, de algo que es más indispensable que aún el pan de cada día. La guerra nos hace sabios a nuestro pesar. Para que el hijo pródigo volviera al padre, fue necesario primero que le faltara incluso la comida para cerdos. Para que el género humano haya podido volver a desear algo más importante que el pan nuestro de cada día, fue necesario que la guerra perturbara nuestra inteligencia tan pagada de sí misma y que nos diésemos cuenta de que en realidad idolatrábamos nuestro propio aguijón suicida, nuestro creciente desarrollo técnico en la fría capacidad de matar.

Sin embargo me parece que la guerra debe tener otro propósito, y es que por ella, aquí en la tierra tiene que formarse, tiene que materializarse, un amor activo y operante, con la suficiente capacidad para llevar al mundo por un camino mejor, hacia sendas más elevadas, que como la Vía láctea conduzcan al cielo.

Pues, efectivamente vemos que junto con actos horribles que hielan la sangre, hay también sublime heroicidad, sacrificio y generosidad en la guerra. También estas cosas son parte constituyente también del amor universal. Un día de guerra aporta más que cien años de paz armada.

Yo mismo, sin la guerra, ¿acaso habría podido merecer la gracia de saciarme de Dios? ¿Habría renacido yo si Dios no hubiera sellado mi corazón que se había colmado de indiferencia a causa del dolor sobrehumano que sufría, cual hierro incandescente aplicado a la carne?, ¿si no hubieran caído sobre mi cabeza las brasas de carbón encendidas por desgracia?

Hemos visto muchas veces cómo las profecías de los grandes y los poderosos de este mundo se malogran, cómo sus palabras se silencian, y su saber se pierde, pero el amor

nunca se pierde, siempre está alzándose, mostrándose como parte del Dios vivo a cada individuo —dentro de poco estallará en todas partes como un fuego abrasador. Este amor se manifestará como el sol, hasta un ciego lo verá. Es verdad que ocurren cosas horribles y que pueden ocurrir cosas aún mucho peores. Todo ello es algo malo, no obstante, sólo desde un punto de vista material. Pues la cuestión es que nadie desearía renunciar a la altura de miras que reina hoy día en nuestro país para volver a la estrecha miseria moral de los años inmediatamente anteriores a la guerra. Por supuesto que me doy cuenta, como no podría ser de otro modo, de los terribles males que nos afligen a todos y también tengo miedo. De no tenerlo, ¿qué sería sino una simple rama seca saliendo del árbol seco de nuestra sociedad ante el inminente golpe del hacha.

Todos los días me encuentro con gentes diversas, hablo con estas personas de las cuestiones más variadas. Y lo que más me llama poderosamente la atención, y que además despierta en mí dolorosos recuerdos, es la similitud de todas las personas que han sido golpeadas de algún modo por la guerra con el infortunado caballo que vi en la montaña. Se trata de un parecido apenas perceptible muchas veces, reconocible a través de un simple gesto o de una mirada cansada, o visible en la confusión reflejada en unos ojos entristecidos, como si estos desgraciados hubieran sido desollados vivos y destrozados, abandonados y maltrechos por las devastadoras fuerzas liberadas durante la guerra

Me doy cuenta de lo que les falta, carecen de amor. Están agotados, han caído en el egoísmo y la indiferencia. Tan sólo un amor infinito podría sanarles. Si la humanidad hubiera sentido mutua compasión, ahora todos nos amaríamos millones de veces más, pues miles de millones de corazones hubieran percibido la fuerza del amor de otros millones de seres. Pero el amor se queda corto si sólo nos amamos a nosotros mismos.

Sí, es verdad, se trata de una sencilla verdad, elemental y evidente, pero una verdad que quisiera proclamar a voz en grito a todos en todas partes. ¡Tened misericordia de vosotros mismos! Hacedlo sencillamente por vosotros. No os avergoncéis del Amor infinito para que este no tenga que avergonzarse de vosotros.

Pienso constantemente en Polonia. ¿Qué otra cosa sino puede hacer un polaco en los tiempos que corren? No resistirse al mal es un mandato dictado por el supremo Amor ilimitado de Dios. Entonces, ¿deberíamos decir que Polonia habría debido seguir las convicciones anarcopacifistas tolstoianas y dejarse matar sin oponer resistencia contra bolcheviques o prusianos permitiendo que la gente muriera? ¡No lo permita Dios! Me parece que no entendemos bien el mandamiento de no oponernos al mal. Pues el sentido de aquellas palabras, «no os resistáis al mal», bien considerado desde el punto de vista espiritual significa «no luchemos por nosotros mismos contra el mal», o sea, no luchemos egoístamente contra el mal - ya sea por nuestro propio e individual egoísmo o el egoísmo colectivo representado por una nación.

Pero la lucha contra el mal en nombre del Amor infinito tiene que seguir prevaleciendo. ¡Y prevalecerá! Si hemos vencido al mal, ha sido porque siempre hemos le hemos sacado un palmo¹², medido por la garra real del Águila Blanca¹³. Pero si queremos vencer siempre hemos de estar muy por encima del mal sirviéndonos del espíritu del amor universal, igual que la cordillera de los Tratados se eleva hacia cielo muy por encima.

Hay quienes piensan que el espíritu de nuestra nación no será capaz de alcanzar estas cimas. Son aquellos que juzgan la valía eterna e inmortal de Polonia según la moneda ya suba o se devalúe. Para ellos Polonia podría desmoronarse sólo porque suban los precios de los artículos de primera necesidad de un día para otro. Son los mismos que en noviembre de 1918 se atrevieron a calificar de locura las ansias de independencia mostradas por su propio pueblo. Son los mismos que durante las hostilidades de 1920 quedaron cobardemente paralizados porque sencillamente no eran capaces de imaginarse que una república polaca semidestruida fuera aún capaz de levantarse de nuevo como un fiero león para defender las orillas del Vístula. No creían en su país entonces, ¿cómo van a tener fe ahora?

Sin embargo, pese a la enorme confusión reinante en el país hoy en día, se está preparando un momento crucial. Se acerca la hora decisiva. Cuanto peor parezcan que vayan las cosas, tanto mejor será. El espíritu se fortalecerá, se perfeccionará y florecerá. Todo aquel que pise entonces el sagrado suelo polaco y, acariciándolo con amor, le sepa escuchar, escuchará el latido de innumerables corazones palpitando al unísono. Aquí estamos nosotros, llenos de silenciosa confianza, inspirados por la fe y armados de amor. En medio de la vorágine actual aún no se nos puede escuchar. Pero pronto habrá un deseo incontenible por algo más imprescindible aún que nuestro pan cotidiano. Y entonces apareceremos nosotros, los valientes del espíritu. Estamos a las puertas.

Aunque muchos de nosotros no somos más que un amasijo de huesos y nervios destrozados, nada en la tierra podrá eclipsar nuestra alegría ante el hombre nuevo que nace en nosotros. Un pasaje del Evangelio recuerda que cuando una mujer va a parir sufre los dolores propios del parto, pero una vez que el hijo ha nacido ya no recuerda el dolor, borrado por la alegría que produce una nueva vida en el mundo. Así ocurre con nosotros, y por eso en nombre del amor universal derrotaremos al mundo.

Y cuando ese ansiado día llegue, Polonia se parecerá a los florecientes bosques en una mañana de abril, cuando apenas unos días antes no había ni hojas en sus ramas, sino tan sólo una multitud de yemas como abejas dormidas. Todo el país reverdecerá y florecerá cuando llegue la primavera del espíritu.

Entretanto, aquellos que obstinadamente insistían en no creer en ningún milagro pese a que ante sus ojos se sucedan las cosas tan extraordinarias, se sentirán tan atónitos como el hombre que durante una mañana de abril ve de repente un bosque con árboles llenos de hojas verdes y se dice con asombro: «Aquí no había ni una hoja y ahora mira, todo el

bosque exhibe nuevas galas, como si fuera un estallido de color verde»

Hoy todavía hablamos como niños, razonamos como niños, pensamos como niños, pues vemos imperfectamente la imagen de nuestra alma que nos devuelve un espejo. Pero nos haremos hombres y dejaremos las cosas de niños. Ahora sólo conocemos parcialmente, pero el día llegará en que veremos al Amor infinito cara a cara.

Ahora ya podemos deciros algo. Escuchad, explotadores de toda ralea que estáis sentados sobre vuestras inmundas ganancias conseguidas con malas artes y manipulando los precios a vuestra entera conveniencia. Escuchad también vosotros, políticos que tratáis de poner en marcha una y otra vez vuestros proyectos desacreditados por la experiencia animando a las gentes continuamente con falsas promesas; prestad atención, escritores que vertéis vanamente en papel vuestra bilis sólo cuando os pagan por ello; oíd, artistas todos, que sólo sabéis rendir culto a la belleza vacía; todos vosotros que habéis sido testigos de todos estos acontecimientos admirables y que aún rechazáis la posibilidad del milagro, a todos vosotros os decimos, ¡tened cuidado!, una nueva generación está abriéndose paso en Polonia. ¡Ya estamos a las puertas!

Epílogo

—*Caballos heridos.*

No había nunca oído gritar a un caballo y apenas puedo creerlo. Es la desolación del mundo, es la criatura martirizada, es un dolor salvaje y terrible el que gime ahí.... Algunos intentan galopar, caen y vuelven a correr. Hay uno con el vientre abierto del que cuelgan las entrañas. Tropieza con ellas y cae, pero se levanta de nuevo. Nos sentamos y nos tapamos los oídos, pero estos terribles gemidos, estas angustiosas quejas, estos plañidos impresionantes, resuenan y penetran por todas partes.

Este es uno de los más sobrecogedores pasajes de la gran novela de 1928 *Im Westen nichts Neues* (*Sin novedad en el frente*), de Eric Maria Remarque. Resulta esclarecedor también que en el desgarrador relato escrito en 1921 de Eugeniusz Małaczewski *Koń na wzgórzu* (*Caballo en el monte*) la figura de tan noble animal haya sido elevada a la categoría de símbolo, imagen descarnada del sufrimiento más inútil y arbitrario del que son víctimas sobre todo los seres inocentes e indefensos. *Koń na wzgórzu* es ciertamente un relato bélico, así se plantea, son los recuerdos de un teniente polaco que movilizado primero durante la Primera Guerra mundial, combate posteriormente con los rusos blancos después de la revolución bolchevique, para después volver a su país y luchar por su independencia frente a la invasión soviética. Lo descarnado de sus descripciones, la presencia terrible de la guerra y sus consecuencias hacen presencia desde la primera línea en que se nos anuncia que vamos a leer el relato de una vida atormentada y destrozada por la guerra.

La extrema dureza de la guerra polaco-soviética (1919-1921), algo tan poco conocido para el público español actual, fue reflejada de manera amarga por Isaak Babel (ejecutado por Stalin en 1940) en su *Konarmiya* (*Caballería Roja*), a su vez basada en sus notas y diarios de campaña de 1920. En *Koń na wzgórzu*, sin embargo, ni la amargura ni las matanzas ni las torturas logran borrar un mensaje final de esperanza que no encontramos en otras novelas de este período. Es la gran diferencia de este relato y lo que le otorga un valor inmortal. Pues si, en primer lugar nos encontramos con una novela de guerra, también es una historia personal, individual. En este sentido nuestro protagonista es una especie de santo Job que tras haber descendido a las insondables profundidades del dolor y la desesperación, aprende a vivir con la opresión del sufrimiento y a perdonar sin odiar a sus enemigos, a renunciar a la venganza, y a

emerger como un hombre nuevo, mejor y más sabio, un hombre además listo para ponerse en marcha hacia nuevas empresas, pues hay todo un país que levantar y reconstruir, y toda una humanidad sufriente a la que ayudar. Esta transformación es tanto una conversión como una resurrección simbólica, la conversión se inicia con la tremenda visión del caballo desollado vivo y culmina en el renacer moral que experimenta nuestro protagonista en el hospital.

Merece la pena hacer una breve consideración sobre esto. El teniente, joven, pero veterano en mil combates, ama tiernamente a su hermana. Su mayor deseo y anhelo es volver a verla. Su regimiento avanza en dirección a su hogar, que aún se encuentra en manos enemigas. Oscuros presentimientos, como oráculos de una futura desgracia, se ciernen sobre él. El rastro de muerte y dolor dejado por el enemigo en su retirada es sólo el anuncio de su propia tragedia, la destrucción de su hogar y la horrible muerte de su hermana. A partir de ese momento, la ira y el deseo de venganza poseen al teniente, es una imagen viva de un hombre tomado y cegado por la *hybris* que ya no atiende a razones y sólo desea matar y morir matando. Igual que en la tragedia griega, sólo algo divino, sobrehumano, podrá liberarle. Ese algo es la visión de un dolor más incomprensible aún que el suyo, la imagen agónica del caballo que después le perseguirá en sueños. Sin embargo, es a partir de ese momento cuando se opera el cambio fundamental, que se hace evidente durante su convalecencia en el hospital bajo los cuidados de una monja de la Caridad que actúa como su conciencia viva y que es decisiva en la última fase de su conversión, sellada por un último sueño liberador en el que hermano y hermana se reúnen. Un hombre nuevo ha nacido en medio de grandes dolores, pero es un hombre mejor, que ha comprendido en medio de la desolación la necesidad de una hermandad universal entre todos los seres humanos como condición indispensable para su salvación.

Finalmente este libro también es la historia nacional de Polonia, de una Polonia, a la que se alude como a la Gran Viuda, una nación mártir, que se alza y se pone en pie para luchar por su vida. Pero aquí no se trata de una proclama nacionalista en honor de los vencedores en la batalla del Vístula. Polonia en la obra de Małaczewski es algo más importante que todo eso. En primer lugar, es un reflejo del alma personal. La descripción de la cordillera de los Tatras y el consuelo espiritual que se obtiene de esa visión refleja el cromatismo lírico y paisajista del que este autor es capaz. De esta manera Polonia es algo vivo en su paisaje, sombrío cuando amenaza el dolor, excelso cuando hay consuelo para las lágrimas. Pero además Polonia en Małaczewski es la antesala de la humanidad. Como consecuencia de la guerra muchos se han desorientado, denuncia el autor, han caído en un egoísmo nihilista. Małaczewski los llama a formar parte del ideal absoluto del amor universal, la conversión no sólo es religiosa, es a la vez social, y es a la vez nacional y universal.

El lector de lengua española tiene ante sí, por primera vez y gracias a los méritos de sus editores en la Universidad Católica Juan Pablo II de Lublin, no sólo un testimonio vivo

de la historia europea del período de entreguerras, lo cual ya de por sí es mucho, sino una extraordinaria historia de redención y reconciliación con el ser humano. Algo sobre lo que merece la pena reflexionar en un mundo como el nuestro en el que la paz entre las naciones sigue siendo un sueño.

José Antonio Molina Gómez

Fotografías

1. [Eugeniusz Małaczewski \(segundo de la izquierda\) con un grupo de corresponsales de la guerra contra los bolcheviques de 1920. NAC I-H-379.](#)
2. [Sanatorio Sanato en Zakopane donde Małaczewski paso los últimos meses de su vida. Autor de la fotografía Wojciech Wilczek.](#)
3. [Cortejo fúnebre de Małaczewski en Zakopane, calle Nowotarska, con el féretro del escritor. Autor de la fotografía Teodor Birula-Białynicki.](#)
4. [Cementerio de la calle Nowotarska, oración fúnebre del sacerdote D. Jan Humpola. Autor de la fotografía Teodor Birula-Białynicki.](#)
5. [El artículo de Piotr Choynowski publicado en la revista semanal Tygodnik Ilustrowany \(6 V 1922\) y dedicado al difunto Małaczewski.](#)
6. [El abogado Stanisław Mikke \(fallecido en la catástrofe de Smolensk de 10 de abril de 2010\) y el Dr. Adam Redzik, unos de los iniciadores de la conmemoración de Eugeniusz Małaczewski en la Polonia actual.](#)
7. [Wojciech Wilczek, autor de varias publicaciones sobre la vida de Małaczewski, guía y apasionado de la historia regional de las montañas Tatras. Autor de la fotografía Jadwiga Król-Wilczek.](#)



Fot. 1. Eugeniusz Małaczewski (segundo de la izquierda) con un grupo de corresponsales de la guerra contra los bolcheviques de 1920. NAC I-H-379.



Fot. 2. [Sanatorio Sanato en Zakopane donde Małaczewski paso los últimos meses de su vida. Autor de la fotografía Wojciech Wilczek.](#)



Fot. 3. Cortejo fúnebre de Małaczewski en Zakopane, calle Nowotarska, con el féretro del escritor. Autor de la fotografía Teodor Birula-Białynicki.



Fot. 4. [Cementerio de la calle Nowotarska, oración fúnebre del sacerdote D. Jan Humpola. Autor de la fotografía Teodor Birula-Białynicki.](#)

EUGENJUSZ KORWIN-MALACZEWSKI.

Eugenjusz Malaczewski zmarł w Zakopanem w dniu 19 kwietnia r. b.

Ciepła ta dla literatury polskiej strata. Nie tylko śmierć ścisła nie kwiała już, lecz pęk kwiała, nie starza ani męza zabrzała, lecz młodzieńcza.

Nie będę tu pisał o literackiej wartości prac Malaczewskiego. Jedyną jego książkę „Kół na węglu” zna dziś cała inteligencja Polska, „Tygodnik Ilustrowany”, który Malaczewskiego, jak i tylu innych przed nim, pierwszy odkrył i przygarnął, zdał w swoim czasie z tej książki czytelnikom relację.

Nie o pisarza chcę dziś mówić, lecz o człowieka. O chłopcu raczej—tak w nim jeszcze było wszystko czyste i młode.

Zmarł mi się w grudniu roku zeszłego jechać do Zakopanego razem z Malaczewskim. Lekarze wysłali go na gwałt, chory był bowiem od kilku miesięcy. Znałem go i dawniej, lecz brakło nam okazji do zbliżenia. Teraz, pod niebiosa gorączką, Malaczewski mówił mi o sobie wiele, mówił bez przerwy prawie. W czasie tej drogi poznałem z jego własnych ust biografję—opisę tego krótkiego żywota. Pełna jestżarzem tak nieżywych, pełnocienista była wymowa, że grzeczem prawdziwie byłoby nie podać jej ogółowi w najkrótszym choćby w zarysie.

Eugenjusz Malaczewski urodził się w roku 1866 w Hrubieszynie. Rodzice jego posiadali tam niewielki kawałek ziemi, z którego żył jednak było trudno. Po wczesnej śmierci ojca zapoznał się odrazu z niedostatkiem i z ciężką pracą na chleb codzienny. Nie zdążył nawet oświecić szkoły średniej. Wajna czerpięła ziałała go, a ile mi wiadomo, na strómem stanowisku dependenta u adwokata.

Przyjeżdżał sierpień 1914 r., przysłała odesła wielkiego księcia do Polaków. Entuzjastycznie dostał 18-letniego chłopaka nie oparla się frazowej dyplomacji. Malaczewski swierzył widzieliśmy księcia—wodził na słowa. Zaprzęgnął ramię w ramię ze słowianinem—Muskien biał. Niemców, uszyło mu się uwolnienie Poznańskiego i Poczna, zjednoczenie ziem polskich. Przedewszystkiem zaś: biał Niemca! Biał za Bismarcka, biał za wyłączenia, biał za Wroblewskiego, za Kłosa.

Wstąpił do pólchoy rosyjskiej na prostego żołnierza. Kto znał armję rosyjską, ten zrozumiał i ocenił, że to było jakieś naiwne chłopię przeszedł w rękach wszystkich „jefrejów” i „wewodów”, jak strasznie upokorzono, jak wielkie przywodzi! Oczy mu gorzały, gdy o tem mówił. Mieli się ci dygnitarze na nim i za to, że ochotnik, i że inteligent, i że Polak. Straszna przeszedł szalę wojkowską. Wsłonił nogami przemięty Małopolską Wschodnią i Zachodnią, gdzieś pod Małaczewską służył zacięciu gozami, nim do służby się wręczyli zacięciu gozami do służby oficerskiej. Odsłonił. Słukę ukochany z ławością. „Teraz będzie mi już łatwiej”.

Była pamiętna jesień 1917 r. Przyjechałszy na urlop do Moskwy, wprost z dworca wpadł Malaczewski we wzburzoną, wręgie własnemu wojsku tłumy. Rewolucję. Jakś pułkownik, otoczony motochem, bronił się już resztkami sił. Zdarł z nich odzież, odebrał szeląg. Zobaczył Malaczewskiego. „Chorąży, da mi!” Malaczewski poszedł za głosem swego oficerskiego homonu. Rozsiad się w tłumie. O to, ciężkim zmajem i krwią żołnierską opłonięte szelągi.

Ocknął się na ciężarówym smochodzie w drodze do szpitala. Znamo mu trzy zebra, Skrawawskiego, nieprzytomnego wydarł maluchowi jakiś oddział rewolucyjnych studentów. W szpitalu leżał kilka miesięcy. „Młotem”—mówił

wtedy — „wtedy czas na rozmyślanie, jak to nie przyszedł był zwolnieniem anioła regionu pod czas rewolucji”. Durwał się też wówczas do wielkiej poezji polskiej i utonął w niej na długi.

Wytrędził ze szpitala już po zamachu Lercina. Włóczył się do polki, pisał odrazu, że tu już po wojnie z Niemcami (po rosyjskiej armji). Dla armji tej nabrał wtedy humorystycznej pogardy. Zawsza duszy moskiewskiej, a pełen wymowy, kazał się wybrać na dygnitarza do wszystkich komitetów wojsko, młodziwiek jednoczenie ucha w kierunku wielki o polskich formacjach. Jako zdecydowany rewolucjonista rosyjski śledził do siebie z pałków żołnierzy-Polaków. Kłóregoż też poranku ruszył w 40 ludzi, świetnie wyekwipowanych i zbrojonych, wprost do Dworca. Nie pociąg, brzo! Brzo! Własnym pociągami, który zajął prawem



Eugenjusz Korwin-Malaczewski.

kaduka na najbliższej stacji, i skierował tam, gdzie mu było wygodnie.

Z Dworcem przebył całą kampanję jako członek Legji Oficerskiej. Należał do tych, którzy, po ukłaskaniu Niemcami, broni złożyć nie chcieli.

Udał się do Hallera z kolegi. Po drodze brał udział w walkach pod Niemierowem i o mało nie padł ofiarą rozbawionej zemsty chłopaków. Po bitwie kanowskiej, na którą już nie zdążył, ruszył na północ, aby tę drogą dostać się do Francji i biał Niemców na innym froncie.

Przedewszystkiem całą Rosję, z południa aż do Białego Morza. Nad tymi pułkami wędrowcami zawieszono belozewim młotem katowski. Przedzierał się na Murman Hallerem nazwę głębi w czerwcowychkach. Zapano i Malaczewskiego. Uratował się na chwilę „fortelami”, udając belszewika, przez jakiś dwa tygodnie ćwiczył nawet jako instruktor oddziału czerwonej armji.

Uciekł. Zapano go znów. Miano go rozstrzelać wraz z innymi. W drodze na miejsce kazi skazał wyznawców konwoj i uciekł znów. Tym razem szczęśliwie. Dłżwinia Północną na kazi, dostał się wśród tysiacych przegrod do Archangielska. Słdził, że ukryją się tam wśród ludności. Ale czerwcowyjska czała ma oko i długie ręce. Zapano ich poraz ostatni. Przekonanych a strasznie słodnie przeciw rewolucji, miał ich sądzić najwyższy czerwony trybunał. Sądztwo trwało tak długo, aż do portu zawitał angielski krążownik. W mieście wybuchła biała rewolucja

pod wodzą jednego z polskich strażników. Otwarto czerwone więzienia — Malaczewski był wolny. Zajął się dłużej opieką męczenników. Cetera dicta i kilku szafelów polskich stanowią tam polski korpus posilkowy aliantów. Nie poszli do Anglików na służbę, nie brali żołdu. Bili się honorowo. Wśród inżynierów najbliższej Polowcy bili się — za Polskę! Zawsze i tylko za Polskę „Blockhaus pod Syreną”, „Wielka bitwa narodów” i „Baśka Murmańska”. Malaczewskiego wystawili spławę pomnik tym strażnikom.

Po roku prawie ciężkich walk na Murmanie, via Londyn dotarł przeciw Malaczewski do Hallera w Paryżu. Po jednym jeszcze przeskoku wraca wraz z armją Hallera do kraju i odrazu bierze udział w walkach o Wschodnią Małopolskę. Odnosi zwycięstwa, niechże się w nich zaszczytnie. Później staje w zbrojnym pogotowiu w Zagłębiu Dąbrowskiem, na granicy polskiego Śląska.

Stał się wkrótce przyczyną pierwsze utworu poetyckiego do redakcji Tygodnika Ilustrowanego. Przyjęty owatyjnie, zachęcony słowami, otoczony atmosferą życzliwości i przyjaźni całego świata literackiego, tworzył teraz ten pierwszy zbiór nowel „Kół na węglu”. Nowela historyczna r. 1920 podniewa jeszcze jego działalność pisarską, pogłębia ją i kieruje ku idelowi. Głowa mu się pali od twórczej energii. Zaczyna pisać, powiada, projektując całe tony noweli, opowieści, powieści.

Nie dane mu było dokonać nic z tego. Żył jeszcze tak długo jedynie, aby byś świadkiem niesłychanego wprost powodzenia swej pierwszeli książki, największego po pierwszych nowelach Steniewicza sukcesu literackiego w Polsce.

Takie są dzieje tego twardego i krótkiego żywota. Myślby się jednak ten, który myślał, że straszliwe przejścia rozprężyły lub zgładziły Malaczewskiego. O nie! Charakter jego pozostał do końca, mimo choroby nawet, pogodny i z gruntu wesół. Ujmujący w obejściu, wymowny i dowcipny, prosty po żołniersku, a przecież wykwintny i pełen wdzięku—takim pozostał Malaczewski w pamięci tych, co go znali. Był beniaminkiem literatury współczesnej. Wrógom nie miał. Kochał go wszyscy.

Z kłęk swego życia wyniósł wstręt do gwałtownych przewrotów społecznych i głęboką religijność. Ostatnia szczególnie wzrosła w nim z każdym rokiem. Malaczewski był żarliwym symon Kościół. Jego najmłodsze Piłna św., oczyszczenie w teologii i wielkoność mistyczna—były wspomniane. Jeśli dodamy do tego nieustanne pragnienie doskonałości się w duchu chrześcijańskim i szczerą pokorę intelektualną obok nieustępliwości i gorliwości w „propagandach fidei”, to otrzymamy niepowodni portret bojownika katolickiego. Kościół stracił w Malaczewskim nie tylko wyznawcę, ale i żołnierza.

Ostatnie jego chwile były podobno budującym wzorem śmierci chrześcijańskiej.

Przy Tow. Literatów i Dziennikarzy powstał pod przewodnictwem Jan. Hallera komitet ku uczczeniu s. p. E. Malaczewskiego. Piętna odesła pólka K. Malaczewskiego wręcza społeczeństwu do śladu: na słownym nagrobku w Zakopanem, gdzie spoczęły jego zwłoki. Pragnąłbyśmy, aby i czytelnicy naszego piśmi. wzięli udział w tym hołdzie poświęconym dla polskiego poety-żołnierza.

Cześć Jego pamięci!

Piotr Chojnowski.



Fot. 5. [El artículo de Piotr Chojnowski publicado en la revista semanal Tygodnik Ilustrowany \(6 V 1922\) y dedicado al difunto Malaczewski.](#)



Fot. 6. El abogado Stanisław Mikke (fallecido en la catástrofe de Smolensk de 10 de abril de 2010) y el Dr. Adam Redzik, unos de los iniciadores de la conmemoración de Eugeniusz Małaczewski en la Polonia actual.



Fot. 7. [Wojciech Wilczek](#), autor de varias publicaciones sobre la vida de Małaczewski, guía y apasionado de la historia regional de las montañas Tatras. Autor de la fotografía [Jadwiga Król-Wilczek](#).

Notas

Prólogo

1

S. Mikke, *Małaczewski*, «Palestra» 7/8, 2007, pp. 157-160.

2

Ya en comienzos del siglo XIX un historiador polaco, Joachim Lelewel, hizo el primer *estudio comparado* sobre el tema, véase: J. Lelewel, *Historyczna parallela Hiszpanii z Polska w XVI, XVII, XVIII wieku*, Warszawa 1831; J. Kieniewicz, *La obra de Joachim Lelewel «Paralelo histórico entre Polonia y España en los siglos XVI, XVII y XVIII (1831)»*, «Hispania», 178, 1991.

3

Se trata de Augusto II (1697-1733) y Augusto III (1733-1763) reyes de Polonia y electores de Sajonia. Hay que recordar que Augusto III fue el padre de María Amalia, esposa de Carlos, rey de Nápoles y luego de España, véase: M.T. Oliveros de Castro, *Maria Amalia de Sajonia, esposa de Carlos III*, Madrid 1948; P. Voltes, *Aspectos de política de Carlos III en Polonia*, «Hispania», 14, 1954, pp. 53-117; E. Wierzbicka, *Stosunki Saksonii i Polski z Hiszpania i Neapolem za panowania Augusta II i Augusta III do 1759 r.*, «Przegląd Historyczny», 90/3, 1999, pp. 285-303; C. Taracha, *Ambasada hiszpańska w Polsce w latach 1760-1762. Organizacja i funkcjonowanie*, «Przegląd Historyczny», 87/4, 1996, pp. 769-793; *Dyplomaci i szpiegzy. Wywiad hiszpański w XVIII wieku*, Lublin, Werset, 2005.

4

Por ejemplo en el Imperio Austro-Hungaro los políticos polacos llegaron a ser ministros, jefes del gobierno, diputados.

5

E. Małaczewski, *Koń na wzgórzu*, wstęp A. Lenkiewicz, Wrocław, Wydawnictwo Biuro Tłumaczeń, 1997.

6

E. Małaczewski, *The horse on the hill*, translated by M. Wasilewski, Warsaw, LTW, 2009.

7

K. Polechoński, *Zapomniana legenda. O Eugeniuszu Korwin-Małaczewskim*, «Biuletyn Instytutu Pamięci

Narodowej», 11/12, 2008, pp. 129-136.

8

W. Wilczek, *Zapomniany poeta*, «Hale i Dziedziny. Miesięcznik Ziemi Górskich», 3, 1992; *Powrót Małaczewskiego część I*, «Echa spod Giewontu», 2 X 1994, nr 40. Dodatek do tygodnika rodzin katolickich «Zródło», 2 X 1994, nr 40; *Powrót Małaczewskiego część: II* «Echa spod Giewontu», 9 X 1994, nr 41. Dodatek do tygodnika rodzin katolickich «Zródło», 9 X 1994, nr 41; *Powrót Małaczewskiego część: III*, «Echa spod Giewontu», 16 X 1994, nr 42. Dodatek do tygodnika rodzin katolickich «Zródło», 16 X 1994, nr 42; *Odeszli, kiedy niegi zakwitły krokusami*, «Tatry», 3, 2010.

9

A. Redzik, rec.: *Eugeniusz Małaczewski, Utwory zebrane. Wiersze, przekłady poetyckie, dramat, opowiadania, publicystyka, opracował i przedmów poprzedził Krzysztof Polechoński, Łomianki: LTW 2008, p. 578 + fot.*, «Rocznik Lwowski» 2008-2009, pp. 365-368; *Twórczość Eugeniusza Małaczewskiego*, «Nowa Gazeta Łukowska» 2010, nr 3 (200), págs. 20-21.

10

Agradecemos a los estudiantes de la Filología Románica de la Universidad Católica de Lublin Juan Pablo II: Małgorzata Adamczyk, Karolina Graczyk, Małgorzata Grenda, Monika Kmieć, Katarzyna Łosicka, Magdalena Orczykowska, Marcelina Tkaczyk, Marlena Wawryszuk, Marta Wilman, Tomasz Wojewoda, Karolina Zapart que participaron en el proceso de traducción.

Capítulo 1

1

Los Trata (o *Tatry*), cordillera entre Polonia y Eslovaquia.

Capítulo 2

2

Reglamentaria en el ejército polaco.

3

Bosque virgen entre Polonia y Bielorrusia, famoso hoy día por ser el último bosque virgen europeo y que aún alberga bisontes.

4

Aleksandr Kolchak (1874-1920), uno de los líderes de los rusos blancos.

5

A finales de 1919, la retirada supuso la caída de Omsk en poder bolchevique.

6

Skorobochaty-Jakubowski (1878-1955), general de brigada en el ejército polaco, delegado del gobierno de Polonia en el exilio en 1940.

7

Vladivostok.

8

Los vientos *buran* (del griego *bóreas* -viento del norte-) o *purga* (del finés, *purku* - ventisca de nieve) soplan en Asia oriental.

9

Danzig.

Capítulo 5

10

En señal de penitencia y arrepentimiento, cf. II Samuel 13, 19.

Capítulo 6

11

Se refiere a S. Wyspianski (1869-1907), la cita pertenece a su poema *Feliz, soy feliz* (1906).

12

Medida de longitud equivalente a unos 21 centímetros, que es aproximadamente la misma distancia que existe entre el dedo pulgar y el meñique con la mano extendida.

13

El escudo nacional de Polonia es un águila blanca sobre un escudo rojo.

Índice

- [Prólogo \(Cezary Taracha\)](#)
- [Caballo en el monte](#)
 - [Capítulo I](#)
 - [Capítulo II](#)
 - [Capítulo III](#)
 - [Capítulo IV](#)
 - [Capítulo V](#)
 - [Capítulo VI](#)
- [Epílogo \(José Antonio Molina Gómez\)](#)
- [Fotografías](#)

¿Cuánto dolor puede soportar un hombre? El protagonista de esta historia, como si fuera un nuevo santo Job, se hunde en las profundidades más insondables del sufrimiento humano. La guerra es la pena con que la humanidad sufre se castiga a sí misma mediante el asesinato y la crueldad, que conduce directamente a la locura por el sendero de la aniquilación y la destrucción. En medio de un país desolado física y espiritualmente, sobre el cual campa la muerte, ¿queda todavía algún sentido para el dolor? Desde luego que sí, y en estas sentidas páginas puede encontrarse. La tremenda e inesperada imagen de un caballo martirizado inútilmente se levanta como un nuevo Crucificado en medio del valle de lágrimas y muestra al mundo que todo dolor tiene un sentido, que en tanto el amor y el perdón existan la causa de la humanidad no estará perdida.

EE
ENCUENTRO
L I T E R A T U R A

Índice

Prólogo (Cezary Taracha)	8
Caballo en el monte	14
Capítulo I	15
Capítulo II	17
Capítulo III	21
Capítulo IV	26
Capítulo V	34
Capítulo VI	42
Epílogo (José Antonio Molina Gómez)	48
Fotografías	51